La marquesa de O.



Heinrich von Kleist

Traducción de Maritza García Arias



Una campaña de fomento
a la lectura de la Secretaría
de Cultura, Recreación y Deporte
y el Instituto Distrital
de las Artes – Idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un
bien público. Después de leerlo permita
que circule entre los demás lectores.



La marquesa de O.

Heinrich von Kleist

Traducción de
Maritza García Arias

Ganadora de la Beca de Traducción
– Alemán, Idartes 2017

Alcaldía Mayor de Bogotá
ENRIQUE PEÑALOSA LONDOÑO, Alcalde Mayor de Bogotá
MARÍA CLAUDIA LÓPEZ SORZANO, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

Instituto Distrital de las Artes – Idartes
JULIANA RESTREPO TIRADO, Directora General
JAIME CERÓN SILVA, Subdirector de las Artes
LINA MARÍA GAVIRIA HURTADO, Subdirectora de Equipamientos Culturales
LILIANA VALENCIA MEJÍA, Subdirectora Administrativa y Financiera
ALEJANDRO FLÓREZ AGUIRRE, Gerente de Literatura
CARLOS RAMÍREZ PÉREZ, OLGA LUCÍA FORERO ROJAS,
RICARDO RUIZ ROA, ELVIA CAROLINA HERNÁNDEZ,
VÍCTOR GIOVANNY BARBOSA, YENNY BENAVIDEZ MARTÍNEZ, LUCANO TAFUR SEQUERA
Equipo del Área de Literatura

Primera edición: Bogotá, noviembre de 2017

Imágenes: carátula: detalle del *Retrato de la marquesa de Caumont La Force*, óleo de François-Hubert Drouais (1767); página 6: *Heinrich von Kleist*, óleo de Anton Graff (ca. 1808); página 83: *Heinrich von Kleist*, grabado tomado de *Die großen Deutschen im Bild* (1937); grabados: *ClipArt ETC* [http://etc.usf.edu/clipart/].

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida, parcial o totalmente, por ningún medio de reproducción, sin consentimiento escrito del editor.

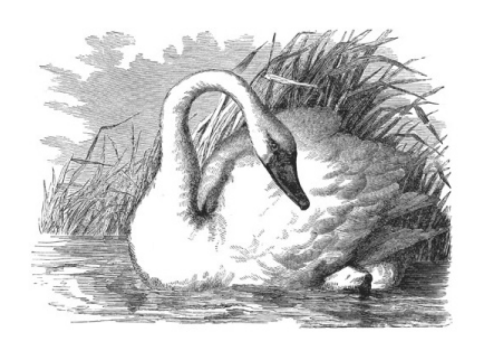
© INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES
© MARITZA ADRIANA GARCÍA ARIAS, Traductora
ANTONIO GARCÍA ÁNGEL, Edición
ÓSCAR PINTO SIABATTO, Diseño + diagramación
ELIBROS, Producción ebook
978-958-8997-72-8, ISBN (impreso)
978-958-8997-73-5, ISBN (epub)
Hecho en Colombia

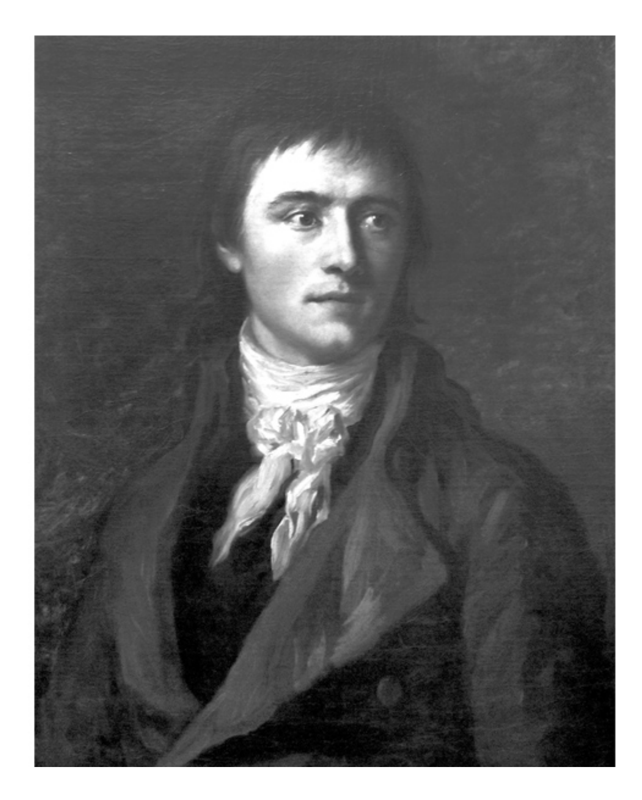
GERENCIA DE LITERATURA IDARTES
Carrera 8 n.º 15-46
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co
f @LibroAlViento t @Libro_Al_Viento

Traducción de «La marquesa de O.»
Maritza Adriana García Arias, Beca de Traducción - Alemán, 2017
Resolución 577 de 2017 «Por medio de la cual se acoge la recomendación del jurado designado para seleccionar los ganadores del convocatoria Beca de Traducción, de la Convocatoria de Literatura Programa Distrital de Estímulos 2017, y se ordena el desembolso del estímulo económico a los seleccionados como ganadores».

Jurados Beca de Traducción - Alemán 2017
Mediante la Resolución 569 del 14 de junio de 2017 se designaron como jurados del concurso Beca de Traducción - Alemán a Ariel Magnus, Erna Elena von Der Walde Uribe y Luis Eduardo Fayad Naftah.

Contenido





Heinrich von Kleist,
óleo de Anton Graff (ca. 1808).

Heinrich von Kleist

Si se cuentan los momentos buenos y los malos de la vida de Von Kleist quizá pueda entenderse su suicidio.

Al año de vida quedó huérfano de padre y cuando tenía seis murió su madre. Entra al ejército a los 15 años, al regimiento de Postdam, participa en el Sitio de Maguncia y llega hasta el grado de oficial, pero a los 22 años renuncia, cansado de la vida militar. En contra del deseo de su familia, que le aconseja derecho o administración, se matricula en la universidad de Fráncfort del Óder para estudiar física, filosofía y matemática; de igual manera rechaza las conexiones familiares con la corte, que le habrían podido ganar un buen cargo. Está determinado a una búsqueda espiritual que le hará dilapidar su pequeña fortuna y una parte del patrimonio de su hermana Ulrike.

En Fráncfort había conocido a Wilhemine von Zenge, con quien se compromete. Según Rodolfo Modern, «Las cartas a la novia son testimonios no siempre gratos de una relación que muchas veces pasa de largo por el sentimiento amoroso que parecía haberlas originado». Durante un corto período en el departamento de Aduanas e Impuestos de Berlín, Von Kleist parte a un misterioso viaje hacia Würzburg que ha dado para todo tipo de especulaciones biográficas, entre ellas que estaba tratándose una enfermedad venérea. Al regreso, el desasosiego lo consume. Se va de viaje con su hermana a Dresde, Gotinga y Estrasburgo, antes de llegar a París, que le repugna y atrae en dosis iguales. A fines de otoño de 1801 se establece en Suiza, en una cabaña donde pretende llevar una vida sencilla, dedicada ya a una vocación que se ha venido sedimentando en él: la escritura. En medio de ese proceso, termina su relación con Wilhemine.

Casi una década de producción literaria y de vida, siempre al borde de la crisis o en medio de ella, rodando de fracaso en fracaso –amoroso, profesional, social–, marcada por algunos entusiasmos que fueron

aplastados por los acontecimientos. Salvo *El cántaro roto*, cuya puesta en escena fue un fracaso merced a las disposiciones escénicas de Goethe, ninguna de sus obras fue llevada a las tablas mientras vivió. Sus aventuras editoriales con la revista *Phöbus* y el periódico *Berliner Abendlätter* fueron un descalabro económico. Algo de satisfacción, sin duda, debió llegarle con la publicación de sus *Narraciones*, editadas en dos tomos entre 1810 y 1811, entre las cuales se encuentra este, nuestro Libro al Viento 128, *La Marquesa de O*.

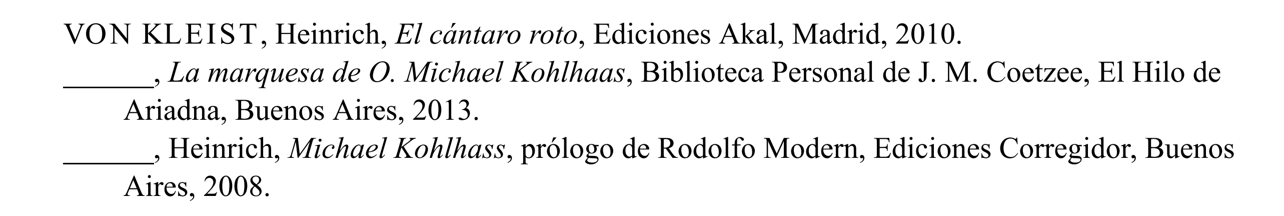
En este texto, como en los otros siete que dejó Von Kleist, la prosa es sucinta y el ritmo es acelerado. No hay tiempo para descripciones ni divagaciones. Se cuentan sobre todo las acciones alrededor del misterioso embarazo de la Marquesa de O., quien ante el evento –posiblemente sucedido durante un desmayo– y el consiguiente desprestigio, publica un aviso en el periódico solicitando la presencia de quienquiera que fuese el padre de su hijo. Sin respiro, el lector asiste al desenvolvimiento frenético de los acontecimientos. Según Thomas Mann, la prosa de Von Kleist es «dura como el acero pero impetuosa; totalmente desapasionada y sin embargo retorcida, dislocada, sobrecargada de materia», una marca distintiva que bien puede apreciarse en este relato.

Decíamos que, sin duda, fue grato recibir sus narraciones, pero Von Kleist, a sus 34 años, ya había cortado amarras con la vida: se fue a las orillas del lago Wannsee con una amiga –o amante: tampoco está clara la naturaleza exacta de esa relación–, Henriette Vogel, a quien un cáncer avanzado la tenía cerca de la muerte. Allí encontraron una posada acogedora. Enviaron cartas de despedida a sus familiares, amigos y al esposo de Vogel. Al día siguiente, 21 de noviembre de 1811, Von Kleist le disparó a ella y luego se quitó la vida. Jamás tuvo noticia de la importancia que luego iban a cobrar su dramaturgia y su narrativa.

Antonio García Ángel

Bibliografía

BRION, Michel, *La Alemania romántica*, Barral Editores, Barcelona, 1971.


VON KLEIST, Heinrich, *El cántaro roto*, Ediciones Akal, Madrid, 2010.

______, *La marquesa de O. Michael Kohlhaas*, Biblioteca Personal de J. M. Coetzee, El Hilo de Ariadna, Buenos Aires, 2013.

______, Heinrich, *Michael Kohlhass*, prólogo de Rodolfo Modern, Ediciones Corregidor, Buenos Aires, 2008.

La marquesa de O.

(Inspirado en un episodio
de la vida real, cuyo escenario
ha sido trasladado del Norte al Sur).





EN M., UNA CIUDAD DE RENOMBRE en el norte de Italia, la marquesa de O., una viuda de intachable reputación y madre de varias niñas educadas con esmero, publicó en los periódicos el siguiente anuncio: que sin saber cómo había quedado en estado y solicitaba al padre de la criatura que se gestaba en su vientre que se manifestase y añadía que, en aras de preservar el buen nombre de la familia, estaba dispuesta a unirse a él en matrimonio. La dama apremiada por tan irrevocables circunstancias y que, desafiando el escarnio público, había dado tan extraordinario y temerario paso, era la hija del coronel de G., comandante de la fortaleza de M. Aproximadamente tres años antes, había perdido a su esposo, por quien sentía el más profundo y amoroso de los afectos, en un viaje a París que el marqués de O. emprendiera por negocios familiares. A su muerte, atendiendo al deseo de su digna madre, la esposa del coronel de G. abandonó la quinta en la que había vivido hasta entonces, en los alrededores de V., y regresó con sus dos hijas a la residencia del comandante, junto a su padre. Los años siguientes transcurrieron para ella en la más estricta reclusión; dedicada al arte, la lectura, la crianza y al cuidado de los padres, hasta que la guerra de... hizo que las tropas de casi todas las potencias aparecieran súbitamente por doquier, incluidas las rusas. El coronel de G., quien tenía la orden de defender la plaza, conminó a la esposa y a la hija a retirarse, bien a la quinta de esta última, bien a la de su hijo, también en las inmediaciones de V. Sin embargo, antes de que razonamiento alguno hubiese inclinado la balanza de las consideraciones femeninas a una decisión, de que hubiesen podido siquiera sopesar los peligros que corrían en la fortaleza, o las atrocidades a las que se exponían a campo raso, las tropas rusas atacaron el fuerte y exigieron su rendición. El coronel comunicó a los miembros de su familia

que, a partir de ese momento, se comportaría como si no estuviesen presentes y respondió al ataque con proyectiles y granadas. El enemigo, por su parte, bombardeó la fortaleza, incendió los polvorines, conquistó una contraguardia y, como el comandante vacilara al volvérsele a exigir la rendición, ordenó un ataque nocturno y tomó la fortaleza por asalto.

Cuando las tropas rusas penetraban en el fuerte, en medio de un violento ataque de artillería, estalló en llamas el flanco izquierdo de la residencia del comandante y forzó a las mujeres a la huida. La esposa del comandante, mientras trataba de dar alcance a su hija, que corría escaleras abajo con las niñas, gritaba que permanecieran juntas y huyeran hacia la bóveda del sótano; pero el estallido de una granada en la casa, en ese preciso instante, sumió todo en la más absoluta confusión. La marquesa desembocó con sus dos hijas en la explanada del castillo, en donde los proyectiles centelleaban con el fragor del combate, atravesando la oscuridad de la noche y a ella, en pánico y sin saber a dónde ir, la devolvieron precipitadamente a la edificación en llamas. Por desgracia, en el interior, cuando pretendía escabullirse por la puerta trasera, dio con una cuadrilla de fusileros enemigos que, al verla, depusieron de súbito todo afán de combate, se terciaron los fusiles al hombro y, en obsceno forcejeo, la arrastraron con ellos. En vano, la marquesa suplicaba ayuda a gritos a sus aterradas doncellas, que huían por los portales, mientras ella quedaba a merced de la espantosa gavilla, que peleaba entre sí y la jalaba sin consideración de pies y manos. A punto de derrumbarse y sometida a los más viles vejámenes, la habían arrastrado hasta el último patio del castillo, donde, alertado por los gritos de auxilio, apareció un oficial ruso y dispersó, con furiosos mandobles, a los perros que se cebaban con codiciosa lascivia sobre tal presa. A la marquesa le pareció un ángel caído del cielo. Descargó con tal fuerza el puño de su espada sobre la cara del último canalla feroz que atenazaba su esbelto cuerpo que, con la sangre saltándole a borbotones por la boca, este retrocedió dando tumbos. El oficial, dirigiéndose a ella cortésmente en francés, le ofreció el brazo y la condujo, muda como estaba por tan dramáticas acciones, hacia el flanco del castillo que aún no había sido alcanzado por las llamas, donde la dama cayó en un profundo

desmayo. Entonces – dispuso, pues pronto aparecieron las atemorizadas doncellas, que se llamara a un médico; les aseguró, mientras se ponía el sombrero, que la dama pronto se restablecería y volvió a la batalla.

En un abrir y cerrar de ojos se consumó la conquista de la plaza. El comandante, que seguía defendiéndose meramente porque el hostigamiento no cesaba, sintiendo que las fuerzas le abandonaban, retrocedió hacia la entrada principal de la casa en el momento en que el oficial ruso, con el semblante vivamente sonrojado, salía del edificio y exigía a voces su rendición. El comandante replicó que tan solo había continuado luchando a la espera de esa orden; entregó su espada y pidió permiso para entrar al castillo y averiguar por la suerte de su familia. El oficial ruso quien, a juzgar por su proceder, parecía ser uno de los cabecillas del ataque, le concedió esa libertad, bajo la custodia de un cuerpo de guardia. Luego, sin demora, dirigió él mismo la avanzada de un destacamento, definió el combate donde el triunfo era incierto y, con la más ágil presteza, apostó hombres en los puntos clave de la fortaleza. En seguida regresó a la plaza de armas, ordenó sofocar las lenguas de fuego que comenzaban a propagarse con furia y se sumó a ese propósito con portentoso empeño, en los momentos en los que el vigor con el que se cumplían sus órdenes daba muestras de flaquear. Como un relámpago trepó, manguera en mano, por entre el almenaje en llamas y lanzó chorros de agua; se aventuró en los arsenales, provocando el asombro en el ánimo de los asiáticos, y sacó rodando barriles de pólvora y bombas cargadas. El comandante, que entre tanto había entrado a la casa, quedó sumido en la más profunda consternación al tener noticia del percance sufrido por la hija. La marquesa, ya completamente restablecida sin la ayuda de médico alguno –como lo había vaticinado el oficial ruso– y llena de alegría al saber a los suyos sanos y salvos, aún en cama solo por apaciguar la excesiva preocupación de todos en la familia, aseguró al coronel que su único deseo era que se le permitiese levantarse con el fin de manifestar su gratitud al providencial bienhechor. Ya sabía que se trataba del conde F., teniente coronel del cuerpo de cazadores de T., caballero de una orden al mérito y de otras órdenes más. Rogó a su padre implorarle de la manera más encarecida que no abandonara

la fortaleza sin haberse presentado un instante en el castillo. El comandante, que se mostró complacido con el deseo de su hija, regresó sin demora a la fortificación donde el conde iba y venía impulsado por un sinfín de órdenes de combate; y, sin posibilidad de encontrar una ocasión más propicia, que le permitiera comunicarle el deseo de su conmovida hija, lo hizo en lo alto de las murallas de la fortificación, donde el conde pasaba revista a las cuadrillas diezmadas. Le aseguró que tan solo esperaba el momento en que pudiese librarse de sus obligaciones a fin de corresponder a tan deferente petición. Quiso incluso saber cómo se encontraba la marquesa pero, en ese momento, informes de varios oficiales lo devolvieron de inmediato al rigor de la guerra. Al despuntar el día apareció el general en jefe de las tropas rusas e inspeccionó la fortaleza. Expresó al comandante su admiración. Lamentó que la suerte no hubiese premiado su valor y, bajo palabra de honor, le concedió la libertad de dirigirse a donde quisiera. El coronel le manifestó su gratitud y declaró cuán grande era la deuda contraída durante las últimas horas de ese día con los rusos en general y, en particular, con el joven conde F., teniente coronel del cuerpo de cazadores de T. El general quiso saber qué había sucedido y, al ser informado sobre el criminal atropello del que fuese víctima la hija del coronel, dio muestras de la más profunda indignación. Llamó al conde F. por el nombre; una vez hubo elogiado brevemente su noble y valiente proceder, lo que hizo sonrojar intensamente al conde, comunicó su decisión de hacer fusilar a los canallas que habían mancillado el nombre del emperador y le ordenó revelar quiénes eran. El conde F. respondió, con atropellada incoherencia, que no estaba en condiciones de identificarlos porque al pálido brillo del alumbrado del patio del castillo le resultó imposible reconocer sus rostros. Al general, enterado de que para entonces el castillo ardía en llamas, le sorprendió su respuesta; señaló que se podía identificar claramente a las personas conocidas por la voz, en la oscuridad de la noche, y como el conde, visiblemente apenado, se limitaba a encogerse de hombros, le ordenó investigar los hechos de la manera más diligente y concienzuda. En ese momento alguien que se abría paso desde las filas de atrás informó que uno de los malhechores heridos por el conde F. se había desplomado en el zaguán y había sido arrastrado

por hombres del coronel a un depósito, donde todavía se hallaba. El general hizo que un cuerpo de guardia lo trajera, lo sometió a un breve interrogatorio y una vez este delató a los que conformaban la cuadrilla, cinco en total, los hizo fusilar. Acto seguido, tras dejar en la plaza una pequeña guarnición, el general ordenó la partida del resto de las tropas; los oficiales se dispersaron con toda celeridad hacia sus respectivas compañías. En medio de la barahúnda, el conde se abrió paso hasta el coronel y lamentó, ante tales circunstancias, verse forzado a partir sin presentar sus respetos a la señora marquesa y, en menos de una hora, ya no quedaban tropas rusas en ningún rincón de la fortaleza.

Mientras tanto, la familia se preguntaba si el futuro le depararía la oportunidad de manifestar de alguna manera su gratitud al conde, cuando supo –y cuán grande no sería su horror– que el mismo día de su partida halló la muerte en un enfrentamiento con tropas enemigas. El mensajero que llevó la noticia a M. había visto con sus propios ojos cómo, mortalmente herido por una bala en el pecho, lo llevaban a P., en donde, según se sabía de cierto, justo en el momento en el que quisieron descargarlo quienes lo llevaban en hombros, había exhalado su último aliento. El coronel, quien se presentó personalmente en la oficina de correos e indagó sobre los pormenores del incidente, supo además que en el campo de batalla, justo al ser alcanzado por la bala, había gritado: «¡Esta bala te ha vengado, Julieta!», y después sus labios callaron para siempre. La marquesa lloraba desconsoladamente por haber dejado escapar la oportunidad de arrojarse a sus pies. Se hacía los más vivos reproches por no haber ido personalmente en su búsqueda cuando acaso por modestia –pensaba ella–, se negara a presentarse en el castillo. Compadecía a la desdichada tocaya evocada por él, incluso en la hora de la muerte. Trató en vano de encontrarla con el ánimo de hacerle saber tan triste y conmovedora noticia; y hubieron de pasar varios meses antes de que ella misma pudiera olvidarla.

La familia se vio obligada a abandonar su residencia y cederla al general en jefe ruso. Al principio consideraron la posibilidad de instalarse en la hacienda del coronel, muy de los afectos de la marquesa; pero como al coronel no le gustaba la vida del campo, la familia se mudó a una casa de la

ciudad y la arregló de manera tal que se convirtió en su residencia permanente. Todas las cosas volvieron a ser como antes. La marquesa tornó a impartir a sus hijas las lecciones largamente interrumpidas y, durante las horas de solaz, retomó el disfrute del caballete y los libros hasta que ella, normalmente un vivo ejemplo de buena salud, comenzó a sentir reiterados malestares repentinos que la alejaron de la vida social durante semanas enteras. Sufría de náuseas, mareos y desmayos, y no sabía qué pensar de tan peculiar estado. Una mañana, cuando la familia se había sentado a tomar el té y el padre saliera por un instante, la marquesa vuelta en sí después de una larga pausa ensimismada en sus pensamientos dijo a su madre: «Si una mujer me dijera que se siente exactamente como yo ahora al tomar esta taza, pensaría para mí que está encinta». La señora de G. dijo que no le entendía. La marquesa reiteró lo que había dicho, que acababa de sentir la misma sensación que tuviera durante el embarazo de su segunda hija. La señora de G. respondió que quizás diese a luz a Fantaso, y se echó a reír. La marquesa replicó, también en broma, que por lo menos Morfeo, o alguno de los sueños de su séquito, sería el padre. El coronel entró en el salón y las damas callaron. Días después, al sentirse mejor la marquesa, el asunto quedó olvidado.

Al poco tiempo, en un momento en el que también se hallaba en la casa el jefe de guardabosques de G., hijo del coronel, la familia se llevó un gran susto al oír que un ayuda de cámara, que entraba al salón, anunciaba al conde F. «¡¿El conde F.?!», exclamaron al unísono el padre y la hija, y la sorpresa dejó a todos perplejos. El ayuda de cámara aseguró haber visto y oído bien, y dijo que el conde estaba de pie en la antesala y esperaba. De inmediato, se precipitó el coronel a abrir él mismo la puerta; tras lo cual entró el conde, un adonis, si bien con el rostro un poco pálido. Una vez concluida la escena inicial de estupor y perplejidad y que el conde, a las reiteradas objeciones de los padres que lo daban por muerto, respondiera asegurando que seguía vivo, se volvió hacia la hija y con devota emoción le preguntó, sin mediar más palabras, si se encontraba bien. La marquesa le aseguró que muy bien, y se mostró muy interesada en saber cómo había vuelto a la vida. Pero él, empeñado en otro asunto, replicó que ella no le

decía la verdad; adivinaba en su rostro un extraño cansancio y, todo lo engañaba, o ella estaba indispuesta y sufría. La marquesa, de buen talante por la amabilidad con la que él indagaba, concedió: «Pues, sí…»; ese cansancio, si a él le parecía, quizás fuera simplemente el vestigio de algunas molestias sufridas hacía algunas semanas, pero que ahora ella no temía que volvieran a presentarse; a lo que el conde replicó con fogosa alegría, ¡que él tampoco! y, en seguida, le preguntó, si no quería casarse con él. La marquesa no supo qué pensar de esta insólita salida. Muy ruborizada, miró a la madre; y esta, a su vez, abochornada, al hijo y al padre. Seguidamente, el conde se puso frente a la marquesa y mientras tomaba su mano como si quisiese besarla, le preguntó de nuevo si lo había comprendido. El coronel le preguntó si no quería tomar asiento y, de una manera respetuosa, pero con sutil firmeza en el gesto, le acercó una silla. La esposa del coronel intervino: «Señor conde, en realidad, seguiremos convencidos de que usted es un fantasma hasta que nos cuente cómo fue que se levantó de la tumba en la que yacía en P.». El conde soltó la mano de la dama, tomó asiento y añadió que las circunstancias le obligaban a ser muy breve; que él, mortalmente herido de bala en el pecho, había sido trasladado a P. y que durante varios meses se había debatido allí entre la vida y la muerte; que durante ese tiempo todos sus pensamientos habían sido para la señora marquesa; que le resultaba imposible describir cuánto deseo y dolor se fundían en esos recuerdos; que, finalmente, tras su recuperación, se había reintegrado a las filas del ejército, pero el servicio había tornado en el más vivo suplicio; que en repetidas ocasiones empuñó la pluma para abrir su corazón en sendas cartas, al señor coronel y a la señora marquesa; que sin previo aviso fue enviado a Nápoles con despachos urgentes; que ignoraba si desde allí fuese enviado luego a Constantinopla; que quizás, incluso, tuviese que ir a San Petersburgo; que entre tanto le resultaba imposible seguir sin llevar a término un imperativo menester que atormentaba su alma; que a su paso por M. se había rendido al deseo de acortar el tramo que lo separaba de su propósito; en suma, que se aferraba al deseo de que se le concediera la dicha de llevar a la señora marquesa al altar y que pedía, de

la manera más respetuosa, encarecida y urgente, amablemente, se decidiese al respecto.

El coronel, tras una larga pausa, respondió que esta proposición le complacía mucho, en el caso de que hubiese sido hecha con toda seriedad, como él no dudaba que fuese el caso. No obstante, añadió que a la muerte de su esposo, el marqués de O., la marquesa había decidido no contraer segundas nupcias; sin embargo, como la deuda con él era tan grande desde hacía tan poco, no resultaba imposible pensar que, bajo estas circunstancias, su decisión pudiese cambiar y tornar a su favor; mientras tanto pedía en su nombre se le diera tiempo para pensar con serenidad al respecto. El conde aseguró que si bien esta amable aclaración mantenía vivas sus esperanzas, que incluso en otras circunstancias habría bastado para hacerlo completamente feliz; que le resultaba a todas luces impropio no darse por bien servido con ella; pero que por apremiantes razones, sobre las que le era imposible ahondar más, anhelaba una aclaración más evidente; que los caballos que llevarían su carruaje a Nápoles ya estaban a punto e imploraba que si hubiese algo que intercediese por él –mirando entonces a la marquesa–, no lo dejasen partir, sin expresarse amablemente con relación al asunto. El coronel, incómodo por el efecto de la escena, replicó que si bien la gratitud de la marquesa le allanaba ostensiblemente el camino no llegaba hasta tal punto; ella no se precipitaría en un paso en el que ponía en juego su felicidad, sin las debidas consideraciones. Era imprescindible que su hija, antes de comprometerse, tuviese el gusto de conocerlo mejor. Lo invitaba a volver a M., una vez concluyeran las obligaciones de sus viajes, a hospedarse por un tiempo en la casa. Si la marquesa llegaba a sentir que él podía hacerla feliz, él sería el primero en alegrarse de que entonces, no antes, le diese una respuesta más concreta. El conde agregó, al tiempo que se sonrojaba vivamente, que durante todo el viaje la impaciencia de su deseo le había anticipado que esta sería su suerte; que por esta razón ya se veía sumido en la más profunda congoja y ante las desgraciadas circunstancias que lo obligaban solo consideraba favorable el que se conociesen mejor; que creía poder atenerse a su buen nombre si se estimaba indispensable tomar en consideración esta, la más ambigua de todas las

cualidades; que con respecto al único acto deshonroso que había cometido en la vida, desconocido por el mundo, ya había tomado las medidas necesarias para remediarlo; que él, en pocas palabras, era un hombre a carta cabal y pedía que se aceptara esa aseveración como sincera.

El coronel respondió con una media sonrisa, despojada de toda ironía, que suscribía todas sus afirmaciones. No había conocido hasta entonces varón alguno que, en tan poco tiempo, hubiese desarrollado tantos y tan notables rasgos de carácter. Estaba casi convencido de que un breve lapso de reflexión podría poner fin a la indecisión que aún prevalecía; no obstante mientras no lo hubiese consultado, tanto con su familia como con la del señor conde, no podía dar respuesta distinta a la que ya había dado. A esto respondió el conde que era huérfano y no tenía compromisos. Su tío era el general K. cuyo consentimiento garantizaba. Añadió, además, que poseía una considerable fortuna y que podía decidirse a hacer de Italia su segunda patria.

El coronel le hizo una venia cortés, le refrendó sus deseos y le pidió que hasta que terminara su viaje se olvidase del asunto. El conde, tras una breve pausa, en la que dio todas las muestras posibles del más profundo desasosiego, dijo, dirigiéndose a la madre, que había movido cielo y tierra para eludir ese viaje y que, por tanto, con todas las maniobras que había arriesgado frente al general en jefe y al general K., su tío, había agotado las posibilidades a su alcance; que ellos presumían con el viaje, sin embargo, curarle la secuela de la melancolía producto de la herida; pero que ahora, por este motivo, se veía sumido por completo en la desesperación.

La familia no sabía qué decir ante tales declaraciones. El conde continuó, mientras se frotaba la frente, que si cabía alguna esperanza de acercarse a lo que era su anhelo, aplazaría su viaje un día, incluso más tiempo, con el fin de intentarlo.

A la vez miró, uno después de otro, al coronel, a la marquesa y a la madre. El coronel bajó la mirada contrariado y no le respondió. La esposa del coronel dijo: «¡Viaje!, ¡vaya señor conde!, ¡viaje a Nápoles! y cuando regrese regálenos el placer de disfrutar de su presencia por un tiempo, lo demás ya se arreglará».

El conde permaneció sentado un momento; parecía considerar lo que debía ser su siguiente paso. En seguida, levantándose y retirando la silla conceptúo que debía admitir que las esperanzas con las que había llegado a esa casa eran apresuradas y que como la familia, cosa que no objetaba, insistía en que se conociesen mejor, devolvería los despachos urgentes con otra misión al cuartel general de Z. y aceptaría el amable ofrecimiento de ser huésped de la casa durante unas semanas. Se mantuvo por un instante de pie junto a la pared, con la mano apoyada en la silla, y miró al coronel. Este respondió que lamentaba en lo más profundo que llegase a verse en serios problemas por la pasión que parecía haber despertado en él su hija, pero que era su responsabilidad sopesar qué podía hacer o dejar de hacer y, si así lo deseaba, enviase los despachos urgentes y se instalara en los aposentos reservados para él. Al oír estas palabras, se le vio aliviado perder el carmín del rostro, besar con profunda reverencia la mano de la madre, inclinarse ante los demás y alejarse.

Al abandonar el conde la habitación, la familia quedó desconcertada sin saber cómo interpretar semejante aparición. La madre dijo que no podía creer que fuese posible que devolviera a Z. los despachos urgentes con los que se le había enviado a Nápoles simplemente porque no había logrado a su paso por M., en una entrevista de cinco minutos, arrancarle el sí a una dama absolutamente desconocida. Su hijo, el jefe de guardabosques, opinó que una decisión tomada tan a la ligera no se castigaba con nada menos que ¡encarcelamiento en los calabozos del fuerte! «Además de una baja del servicio sin privilegios», añadió el coronel. Dijo, sin embargo, que no habría peligro; su anuncio era solo una bala de salva y que, con seguridad, reconsideraría su decisión antes de devolver los despachos. La madre, al enterarse de la inminencia del peligro, expresó la más viva preocupación por que hiciera estos envíos. Agregó que precisamente sus férreas intenciones, exacerbadas al punto del delirio, lo hacían muy capaz de dar un paso tal. La madre pidió a su hijo que fuera en el acto tras él, con la mayor de las urgencias, y le persuadiera de no precipitar tan lamentable decisión. El jefe de guardabosques respondió que si lo intentase conseguiría, precisamente, fortalecer en él la esperanza de imponer su voluntad mediante

este ardid. La marquesa opinaba lo mismo, si bien aseguró que sin la intervención de su hermano sin duda llevaría a cabo la devolución porque él prefería asumir las consecuencias a delatar flaqueza alguna. Todos coincidieron en calificar su comportamiento de muy peculiar y que parecía acostumbrado en la conquista, a tomar por asalto, de igual manera, corazones femeninos y fortalezas. En ese momento el coronel se percató del carruaje del conde frente a la puerta con los caballos ya enganchados. Llamó a la familia a la ventana y preguntó, asombrado, a un sirviente que apenas entraba, si el conde aún se encontraba en la casa. El sirviente respondió que estaba abajo, en las dependencias del servicio, escribiendo cartas y sellando paquetes con un asistente. El comandante, disimulando su preocupación lo mejor que pudo, se dirigió raudo con su hijo a los aposentos de abajo y preguntó al conde, viéndolo atareado en sus asuntos sobre una mesita no muy apropiada, si no deseaba primero instalarse en sus aposentos, o si precisaba algo más. El conde, que con enérgicos movimientos continuaba escribiendo, contestó con el más profundo agradecimiento y añadió que su tarea estaba terminada; sellando aún un sobre preguntó qué hora era y después de entregar a su asistente la cartera de la correspondencia le deseó un feliz viaje. El coronel, que no daba crédito a sus ojos, añadió mientras el asistente salía de la casa:

—¡Señor conde, si las razones que lo compelen no son de suma importancia…

—¡Trascendentales! –le interrumpió el conde mientras seguía a su asistente hacia el carruaje y abría la portezuela.

—¡En ese caso, por lo menos en cuanto a los despachos urgentes…! –insistió el coronel.

—¡Es imposible! –zanjó el conde F. mientras ayudaba a su asistente a acomodarse en el asiento–. De nada sirven esos documentos en Nápoles sin mí. Ya pensé en eso también. ¡En marcha!

—¿Y los documentos de su señor tío? –inquirió el asistente, inclinándose sobre la puerta.

—Los recibiré en M. –contestó el conde.

—¡En marcha! –ordenó el ayudante, y el carruaje partió.

En seguida, el conde F., dirigiéndose al coronel, le solicitó amablemente si era posible que le indicaran dónde se alojaría. El desconcertado coronel le respondió que él mismo tendría el gusto de indicarle el camino; ordenó a sus ayudantes y a los del conde que cargaran con el equipaje. Lo llevó a los aposentos destinados a las visitas, en donde, con semblante adusto, se despidió de él. El conde cambió sus ropas y salió con el ánimo de presentarse ante el gobernador militar; durante el resto del día no se le vio más por la casa; no regresó sino hasta caer la noche, poco antes de la comida.

Entre tanto, la familia se debatía sumida en las más vivas preocupaciones. El jefe de guardabosques contaba cuán tajantes fueron las respuestas del conde a algunos reparos del comandante. Afirmó que su comportamiento parecía ceñirse a un plan premeditado y se preguntaba a qué demonios obedecían tan desbocadas pretensiones nupciales. El coronel confesó que la situación le resultaba incomprensible y ordenó a la familia que, en su presencia, no se hablara más del asunto. La madre se asomaba una y otra vez a la ventana con la esperanza de verlo llegar, lamentando su desatino y dispuesto a rectificar su decisión. Por fin, cuando oscurecía, se sentó junto a la marquesa que, mostrándose muy aplicada a su labor sobre la mesa, parecía evitar la conversación. Le preguntó a media voz, mientras el padre se paseaba de un lado a otro, si tenía idea a dónde conducía todo esto. La marquesa replicó, mirando a hurtadillas al coronel, que si su padre hubiese logrado convencerlo de que viajara a Nápoles todo estaría bien.

—¡A Nápoles!, –exclamó el comandante, que había oído a la hija–. ¿Hago llamar ya al cura? ¿O debí haberlo detenido, encerrado y escoltado a Nápoles?

—No –repuso la marquesa, pero una vívida y persistente aprensión ya prosperaba en su interior. Bajó la mirada y volvió con algo de desgano sobre su labor.

Al anochecer, por fin apareció el conde. Todos esperaban que, después de las formalidades de los saludos iniciales, se volviera sobre el asunto. Esta vez la familia, como un solo frente, trataría de convencerlo de que, si

todavía era posible, debiera realizar lo que estuviese a su alcance para enmendar su imprudencia. Durante la comida esperaron en vano a que se presentase el momento. Sin conceder oportunidad alguna de que la charla desembocara en el tema, él mantenía animadas conversaciones sobre la guerra con el coronel y de cacería con el jefe de guardabosques. Cuando mencionó el combate de P., en el que precisamente había resultado herido, la madre aprovechó para derivar la conversación hacia la convalecencia. Le preguntó cómo fue su estancia en ese pequeño pueblo, si contó con algún mínimo de comodidades necesarias. Y entonces él trajo a colación una serie de sugestivos episodios delatadores de su pasión por la marquesa. Habló de cómo ella lo había acompañado siempre en su lecho de enfermo y cómo, en medio de las fiebres, su imagen se transformaba caprichosamente en la de un cisne que de niño viera en la hacienda de su tío; y que le resultaba especialmente conmovedor recordar la ocasión en la que le lanzó inmundicias y el cisne se sumergiera mansamente en las aguas para emerger luego inmaculado de la borrasca; que ella, ufana, siempre se mantuvo a flote sobre marejadas fogosas y que él había gritado ¡Casto!, el nombre del cisne; que nunca logró cautivarla y que ella, como el cisne, se contentaba con chapalear para sí, arqueando el alto cuello, henchido el pecho de su gracia de ave. De repente, con las mejillas inflamadas, aseguró amarla con locura. Volvió a fijar la mirada en el plato y calló. Por fin llegó el momento de levantarse de la mesa y como el conde, tras intercambiar unas breves palabras con la madre, se despidiera en seguida inclinándose ante todos y regresara a su cuarto, volvió a quedar la familia de nuevo de pie sin saber qué pensar. El coronel opinó que había que dejar que las cosas siguieran su curso; con seguridad el conde confiaba en contar con el apoyo de sus familiares en el asunto o, de lo contrario, enfrentaría la infamia de una baja del servicio sin privilegio alguno. La señora de G. preguntó a su hija qué sentía por el conde y si estaba dispuesta a dar alguna respuesta que previniese una desgracia. La marquesa respondió:

—¡Amadísima madre!, no puedo. Me entristece que mi gratitud se ponga a prueba de manera tan severa, porque era mi decisión no volver a contraer

nupcias. No me alegra mi suerte; no quisiera arriesgarla con tal imprudencia una segunda vez.

El jefe de guardabosques señaló que si esa era su férrea voluntad, también resultaba muy útil que el conde *la* conociera y que era casi ineludible darle *algún* indicio. La esposa del coronel replicó que como este varón, al que tantas cualidades tan extraordinarias precedían, había declarado que estaba dispuesto a mudarse a Italia, consideraba que su pretensión merecía alguna ponderación y que la marquesa debía reconsiderar su decisión. El jefe de guardabosques se sentó junto a la marquesa y le preguntó si el conde le gustaba. La marquesa respondió, con timidez, que le gustaba y le disgustaba, y se remitió a las opiniones de los demás. La esposa del coronel preguntó:

—Una vez regrese de Nápoles y tengamos ya las referencias que entre tanto hayamos podido recabar de su persona, habida cuenta de que estas no riñan con la impresión que te ha causado, ¿cómo le responderías, en caso de que volviera a pedir tu mano?

—En ese caso –respondió la marquesa–, como sus acciones confirmarían cuán apremiantes son sus deseos –y al decirlo se le atoraban las palabras y los ojos le brillaban–, por el lazo de gratitud que me une a él, lo aceptaría.

La madre, cuyo deseo fue siempre que su hija contrajera segundas nupcias, apenas si podía contener su alegría y le daba vueltas al asunto buscando cómo sacar el mejor provecho de la ocasión. El jefe de guardabosques, levantándose nervioso de nuevo de su silla, dijo que si la marquesa aun remotamente contemplaba la posibilidad de aceptar algún día su proposición era necesario hacer algo de inmediato, a fin de prevenir las consecuencias de una insensatez. La madre opinaba lo mismo y adujo que, en últimas, el riesgo que corrían no era muy grande porque, como había quedado demostrado aquella noche en la que los rusos atacaron la fortaleza, él había dado prueba de excelsas cualidades y no existía razón para pensar que el resto de su vida fuese distinto. La marquesa bajó la mirada, presa de la más viva preocupación. La madre le tomó la mano y prosiguió:

—Podríamos, por ejemplo, hacerle saber que hasta su regreso de Nápoles no tienes la intención de aceptar ningún otro compromiso.

—Amadísima madre, puedo hacerle *esa* promesa, pero temo que eso no lo tranquilice y a nosotros en cambio nos comprometa –dijo la marquesa.

—¡Déjalo en mis manos! –respondió la madre con vívida alegría, mientras buscaba al coronel con los ojos–. ¡Lorenzo!, ¿qué opinas? –preguntó e hizo ademán de levantarse de la silla.

El coronel, que lo había escuchado todo, estaba de pie junto a la ventana. Miró a la calle y guardó silencio. El jefe de guardabosques anunció que se aprestaba a hacer partir al conde, comunicándole esta inofensiva promesa.

—¿Qué esperas? ¡Hazlo! ¡Hazlo! –Lo apresuró el padre, girándose–. ¡Y, por segunda vez, debo rendirme ante este ruso!

La madre se levantó de prisa, lo besó y también a la hija, y preguntó, mientras el padre se regocijaba con su inquieto alborozo, cuál sería la estrategia para comunicar, sin demora, la noticia al conde. Se acordó que, como lo había propuesto el jefe de guardabosques, se le haría llegar el mensaje de que si aún no se había cambiado de ropas tuviese la gentileza de acudir brevemente, de nuevo, al encuentro de la familia. El conde dejó saber que ¡en seguida tendría el honor de presentarse! Y no había acabado de llegar el ayuda de cámara con el recado cuando ya irrumpía él mismo en el salón, con pasos a los que la alegría concedía alas y, conmovido por la más viva emoción, se hincó ante la marquesa. El comandante quiso aclarar algo, pero él, levantándose dijo ¡que ya sabía bastante!, besó la mano de él y de la madre, abrazó al hermano y pidió el favor de que tuvieran la gentileza de prepararle con presteza un carruaje. La marquesa, si bien conmovida por la escena, atinó a decir:

—Señor conde, no quisiera que la tenacidad de su esperanza lo llevara a…

—¡De ninguna manera! ¡De ninguna manera! –le interrumpió el conde–. No estará obligada a nada, si las referencias que recabe sobre mí, contradicen el sentimiento por el cual me ha convocado a esta sala.

El coronel lo abrazó de la manera más afectuosa; veloz, el jefe de guardabosques le puso a disposición su propio carruaje; un cazador designado voló a la oficina de correos, abonó las primas de alquiler por

caballos de posta; y la alegría de esta despedida superó con creces la de cualquier llegada.

—Espero salirle al paso a los despachos urgentes en B. –dijo el conde–. Desde allá, tomaré un camino más corto a Nápoles que el que pasa por M.

Ya en Nápoles haría todo lo posible por eludir el viaje a Constantinopla. Y como estaba resuelto, en caso extremo, a justificar su rechazo alegando enfermedad, aseguró que, a menos de que surgieran obstáculos insalvables, sin falta estaría de vuelta en M. en cuatro semanas o, a más tardar, en seis. En seguida el cazador designado le anunció que los caballos estaban enganchados y todo listo para la partida. El conde tomó su sombrero, se paró frente a la marquesa y cogió su mano.

—Bueno, Julieta, ahora quedo más tranquilo –dijo él, y puso la otra mano sobre la de ella–. Si bien mi más encarecido deseo era haberla desposado antes de partir.

—¡Desposado! –exclamó la familia entera.

—Desposado –repitió el conde y besó la mano de la marquesa.

Al preguntarle ella si estaba en sus cabales, le aseguró que algún día entendería sus palabras. La familia estaba a punto de perder la paciencia con él, pero en seguida se despidió de todos de la manera más efusiva, pidió que no se prestara atención a lo que acababa de decir y partió.

Transcurrieron varias semanas durante las cuales la familia pasó por muy diversos estados de ánimo, a la espera del inminente desenlace de tan peculiar asunto. El coronel recibió del general de K., el tío del conde, una atenta nota; el conde mismo escribió desde Nápoles. Las referencias recabadas sobre su persona hablaban todas a su favor. En suma, ya se daba casi por hecho el compromiso, cuando volvieron a presentarse, más enérgicos que nunca, los malestares que habían aquejado a la marquesa. Constató cambios incomprensibles en su cuerpo. Con toda franqueza, le confió a su madre que no sabía qué pensar de su estado. La madre se preocupó mucho al tener noticia de los curiosos síntomas que aquejaban a su hija e insistió en que consultase a un médico. La marquesa, que guardaba la secreta esperanza de doblegar su indisposición, se resistía. Durante varios días sufrió los más intensos malestares, sin prestar oídos al consejo de la

madre, hasta que esas recurrentes y muy insólitas sensaciones despertaron en ella la más viva preocupación. Hizo llamar a un médico que gozaba de la plena confianza de su padre, en un momento en el que la madre se encontraba ausente. Lo invitó a sentarse junto a ella en el diván y, tras una breve introducción, le confió entre bromas lo que creía sentir. El médico la miró con ojos escrutadores, procedió a examinarla y, al terminar, permaneció en silencio unos momentos; finalmente, expresó con seriedad que la señora marquesa se hallaba en lo cierto. Después de haber respondido muy explícitamente a la pregunta formulada por la dama sobre lo que quería decir, y de haber afirmado, con una sonrisa que no pudo disimular, que ella se encontraba en perfecto estado y que no necesitaba de médico alguno, la marquesa, mirándolo de reojo con gesto muy severo, tocó la campana y le pidió que se fuera. Murmuró con desdén, como hablando consigo misma, que no tenía ganas de hacer bromas de ese corte con él sobre su estado. El doctor, indignado, contestó que ojalá siempre hubiese estado tan poco dispuesta a bromear como lo estaba en ese momento; tomó el bastón, el sombrero y se aprestó a salir sin demora. La marquesa aseguró que esa insolencia llegaría a oídos de su padre. El médico replicó que estaba dispuesto a jurar la veracidad de su afirmación ante los tribunales, abrió la puerta, hizo una venia y se dispuso a abandonar la sala. La marquesa le preguntó –mientras el doctor, que había arrojado el guante al suelo, se inclinaba a recogerlo– cómo habría podido suceder esto. El doctor le contestó que no necesitaba entrar en detalles sobre asuntos que eran de su pleno conocimiento. Volvió a inclinarse y partió.

La marquesa cayó como fulminada por un rayo. Sacando fuerzas de la flaqueza, se incorporó y quiso correr hacia el padre, pero la desafiante advertencia del hombre por el que se sentía ultrajada la paralizó. Se derrumbó en el diván presa de la más febril agitación. Dudando de sí misma, repasó todos los momentos del último año y creyó enloquecer cuando recordó el que acababa de pasar. Finalmente apareció la madre y, ante la consternada pregunta sobre los motivos de su desasosiego, la hija refirió lo que el médico le acababa de confirmar. La señora de G. lo tildó de insolente y desvergonzado y respaldó la determinación de la hija de poner al

padre al tanto de la insolencia. La marquesa afirmó que el médico había hablado muy serio y que parecía resuelto a reiterar ante el padre tan disparatada aseveración. La señora de G., a la par asustada, le preguntó si cabía la posibilidad de que algo así hubiese sucedido. La marquesa exclamó:

—¡Sería más fácil que en una tumba se engendre vida o que una criatura nazca del vientre de un cadáver!

—¿Entonces por qué tan obstinada necedad, tesoro? –preguntó la esposa del coronel, aferrándola contra su pecho–, ¿qué te inquieta entonces? Si tu conciencia está tranquila, ¿qué puede importar el dictamen de un doctor? ¡O incluso el de un concilio de expertos! Si es equivocación o maldad lo que lo impele, ¿no te da absolutamente igual? Sea como fuere, es conveniente que nosotras se lo contemos al padre.

—¡Oh, Dios santo! –exclamó la marquesa moviéndose frenéticamente–. ¿Cómo no atormentarme? ¿No me desmiente mi propio, íntimo e inequívoco sentir? Si una desconocida me dijera que se siente como yo me siento, ¿no pensaría yo de ella lo mismo que de mí ahora?

—¡Es horrible! –añadió la esposa del coronel.

—¡Maldad! ¡Equivocación!, –secundó la marquesa–. ¿Qué razones puede tener este hombre, que hasta hoy parecía digno de nuestro aprecio, para ofenderme de manera tan deliberada e infame? ¡A mí!, que nunca lo ofendí de forma alguna y que lo recibí con absoluta confianza y un anticipado sentimiento de gratitud; y a quien, como lo demostraban sus primeras palabras, le alentaba el deseo genuino y sincero de ayudar, no de despertar en mí peores dolores de los que ya sufría. Pero si me viese forzada a escoger, prosiguió la marquesa mientras la madre la miraba sin parpadear, optaría por pensar que se trata de una equivocación. No cabe la posibilidad de que en un caso así, un médico, por bueno que sea, ¿incurra en un error de esta naturaleza?

—¡Lo uno o lo otro, no cabe otra alternativa! –afirmó con un dejo de indignación la esposa del coronel.

—¡Sí, carísima madre! –respondió la marquesa besando su mano y con el rostro inflamado por la afrenta de sentirse herida en su orgullo–. ¡Así debe

ser! Si bien los indicios son tan peculiares, ¡que me asalta la duda! Pero juro, y no lo hago en vano, que mi conciencia es tan limpia como la de mis hijas y no puede estar más limpia que la suya, ¡adoradísima madre!, sin embargo, le pido que haga llamar a una partera, para que yo pueda convencerme de *lo* que haya de ser y, dado el caso, pueda tranquilizarme.

—¡Una partera!, –exclamó indignada la señora de G.–. Una conciencia limpia y una partera… –y se quedó sin habla.

—Una partera, carísima madre –repitió la marquesa, cayendo de rodillas ante ella– y sin demora, si no quiere que me vuelva loca.

—¡Con mucho gusto!, pero, eso sí, que la dieta después del parto no sea bajo este techo –respondió la esposa del coronel poniéndose de pie dispuesta a abandonar la habitación.

La marquesa, corriendo con los brazos extendidos tras ella, abatido el rostro, cayó abrazándose a sus rodillas y la exhortó con una elocuencia fundada en el dolor:

—Si mi vida, que puede considerarse irreprochable, una vida inspirada en su ejemplo, me confiere el derecho a aspirar a su respeto, si tan solo por algún atisbo de amor maternal en su pecho, por lo menos hasta que se haya comprobado mi culpa, ¡le suplico no me abandone en esta aciaga hora!

—¿Qué te perturba tanto? –preguntó la madre–. ¿Es tan solo lo que asegura el doctor? ¿Tan solo lo que sientes?

—Solo eso, madre mía –contestó la marquesa poniéndose la mano en el pecho.

—¿Nada más, Julieta? –prosiguió la madre–. Reflexiona. Un desliz, con todo y el indecible dolor que me causaría, se puede perdonar y, en últimas, como madre, tendría que perdonarlo; pero si por eludir mi reprimenda pretendes que se debe a la confabulación de un desbarajuste universal y eres capaz de repetir una y otra vez juramentos sacrílegos para persuadir mi corazón empeñado en creerte eso sería blasfemia y no podría perdonártelo nunca.

—¡Pueda algún día el reino de los cielos abrirse tan rotundamente ante mis ojos como mi alma lo está ante la suya! –exclamó la marquesa–. No le oculto nada, madre.

Esta solemne declaración perturbó a la madre.

—¡Santo cielo! ¡Mi dulce niña, me conmueves! –exclamó la madre y, levantándola del piso y llenándola de besos, la aferró contra su pecho–. Pero… ¿qué temes?, ¿será posible? Ven, estás muy enferma.

Quiso llevarla a la cama, pero la marquesa, que lloraba profusamente, aseguró encontrarse muy bien y que nada le afectaba, aparte de tan peculiar e inexplicable estado.

—¡Estado! –volvió a exclamar la madre–. ¿Qué clase de estado? Si estás tan segura de recordar tan claramente todo, ¿qué descabellada sospecha te embarga?, ¿no puede tan solo engañarte eso que se agita en el fondo de tu ser?

—¡No! ¡No!, –afirmó la marquesa–. ¡No me engaña! Y si es su voluntad hacer llamar a la partera, solo oirá que lo terrible, lo que me atormenta, es cierto.

—Ven, amadísima hija –dijo la señora de G., quien empezaba a temer que perdiera la cordura–. Ven, sígueme y recuéstate en la cama. ¿Qué es lo que crees que te dijo el doctor? ¡Cómo te arde el rostro! Mira cómo te tiembla el cuerpo. Recuérdame, otra vez, ¿qué fue lo que te dijo el médico?

Y llevó así a la hija a dudar de los episodios que había contado. La marquesa afirmó, riendo y con los ojos hinchados de lágrimas:

—¡Amada! ¡Excelentísima! Estoy en mis cabales. El médico me dijo que estoy encinta. Haga llamar a la partera y tan pronto ella me diga que no es cierto, volveré a estar tranquila.

—De acuerdo, de acuerdo –replicó la esposa del coronel, dominando el miedo–. Que venga en seguida, si quieres que se burle de ti; que aparezca en seguida y te diga que eres una ilusa, y una no muy lista por pensar cosas así.

Tocó la campana e hizo que uno de los sirvientes llamara inmediatamente a la partera.

La marquesa seguía en brazos de la madre y la respiración agitaba su pecho cuando apareció la mujer. La esposa del coronel le confió el extraño motivo que, según su hija, provocaba sus malestares. La señora marquesa juró que su comportamiento había sido decoroso pero que, perturbada por

una insólita sensación que no lograba explicarse, le urgía que una mujer de su conocimiento la auscultase. La partera, mientras la escuchaba, hablaba del ímpetu de la sangre y la perfidia del mundo. Una vez finalizado el reconocimiento sostuvo que conocía casos similares: otras viudas jóvenes a las que les había ocurrido lo mismo; todas pretendían haber vivido en islas desiertas. Aseguró a la señora marquesa que no tenía razón para preocuparse, pues podía estar segura de que el viripotente corsario que la había visitado al cobijo de la oscuridad, oportunamente, saldría a la luz. Al oír estas palabras, la marquesa se desmayó. La esposa del coronel, impulsada por el amor de madre, se dio a la tarea de reanimarla con ayuda de la partera, pero tan pronto se hubo restablecido cedió por completo a la indignación.

—¡Julieta! –exclamó, en medio del más vivo dolor–. ¿Me lo vas a confesar?, ¿me vas a decir quién es el padre?

Y todavía se mostraba dispuesta a la reconciliación, pero al escuchar que la marquesa decía que estaba a punto de enloquecer, la madre, levantándose del diván, dijo:

—¡Fuera! ¡Fuera! Eres mi deshonra. ¡Maldigo la hora en que te traje al mundo! –y salió de la habitación.

La marquesa, sintiéndose de nuevo desfallecer, hizo que la partera se agachara y, temblando enérgicamente, se recostó en su seno. Con voz entrecortada habló sobre los misterios insondables de la naturaleza y le preguntó si era posible concebir sin tener conciencia de ello.

La partera rio, soltó el manto que la cubría y sentenció que ese no sería el caso de la señora marquesa. «No, no», ratificó la marquesa, ella había concebido con plena conciencia, solo quería saber, en general, si se podía dar el caso en los reinos de la naturaleza. La partera afirmó que, a excepción de la Santa Virgen, eso no le había ocurrido a ninguna mujer en el mundo. El temblor de la marquesa se tornaba incontrolable. Sentía como si fuera a dar a luz en ese mismo momento y, asiéndose con angustioso miedo a la partera, le suplicó que no la abandonara. La partera la tranquilizó. Aseguró que aún faltaba mucho para el alumbramiento y la dieta; también la instruyó sobre los métodos con los que, en estos casos,

podían evadirse las murmuraciones de la gente y aseguró que todo se resolvería de la mejor manera. No obstante, como los argumentos que debían consolar a la desdichada atravesaban su pecho como puñaladas, se sobrepuso, afirmó sentirse mejor y pidió a la acompañante que se retirara.

Y no bien acababa de salir la partera de la habitación cuando le entregaron un recado de la madre en el que le escribía en estos términos: «Bajo las circunstancias actuales, el señor de G. desea que usted abandone la casa; le remite adjunto los títulos de propiedad de sus bienes y espera que Dios le conceda la gracia de no volver a verla nunca». En una de las esquinas de la carta, bañada en lágrimas, se leía una expresión cuya tinta se había corrido: «texto dictado». El dolor le partía el alma. Anegada en lágrimas por el error de los padres y por la injusticia que desorientaba el buen juicio de tan nobles personas, se dirigió a los aposentos de la madre. Le dijeron que estaba con el padre; se dirigió tambaleante a sus aposentos. Al encontrar la puerta cerrada se derrumbó ante ella y, con lastimera voz, invocó a todos los santos y los puso por testigos de su inocencia. Había pasado algunos minutos ahí postrada, cuando el jefe de guardabosques abrió la puerta y, con el rostro inflamado por la ira, le dijo que como ya sabía el coronel no deseaba verla.

—¡Amadísimo hermano! –exclamó la marquesa, sollozando vigorosamente y colándose en la habitación, y volvió a exclamar:

—¡Carísimo padre! –apenas la vio con los brazos estirados hacia él, le dio la espalda y se dirigió con paso apresurado a su recámara. Como ella lo seguía, espetó:

—¡Fuera de aquí! –y quiso detenerla con un portazo pero, como ella se lo impidió con quejidos y súplicas, el padre abandonó súbitamente el forcejeo y corrió a la pared del fondo mientras la marquesa, que lo seguía pisándole los talones, cayó a sus pies y se abrazó trémula a sus rodillas en el preciso instante en el que se oyó el estruendo del disparo de un arma que él trataba de arrancar de la pared y cuyo proyectil dio en el cielorraso.

—¡Dios mío!, –exclamó la marquesa incorporándose pálida como un cadáver y huyendo de esos aposentos a toda prisa–. ¡Que enganchen sin

demora los caballos! –ordenó entrando a los suyos y cayó en un sillón, mortalmente cansada.

Vistió a sus hijas a toda prisa y pidió que prepararan su equipaje. Tenía a la más pequeña entre sus rodillas, la envolvió en un manto y, con todo dispuesto para la partida, se disponía a abordar el carruaje cuando el jefe de guardabosques entró y le exigió, por orden del coronel, que partiera sola y dejara a las niñas.

—¿Estas niñas? –preguntó ella, poniéndose de pie–. Dile a tu desalmado padre que puede venir y matarme de un disparo, ¡pero que no puede arrebatármelas! Y armada con todo el orgullo de su inocencia levantó a sus hijas, subió con ellas al carruaje y, sin que su hermano osara mover un dedo para detenerla, partió.

La gracia de este magnífico esfuerzo permitió a la marquesa reconocerse a sí misma. De improviso, se irguió a pulso desde la hondura a la que el destino la había lanzado. La perturbación y la angustia que se agitaban en su pecho desaparecieron al hallarse fuera de la casa. Besaba una y otra vez a sus hijas, su precioso botín y, con gran satisfacción, ponderaba la magnitud del triunfo alcanzado frente a su hermano, gracias a la fuerza de una conciencia libre de toda culpa. Su razón, lo suficientemente lúcida para no flaquear ante las circunstancias, aceptaba sin reparos las inconmensurables, sagradas e inexplicables leyes que gobiernan el mundo. Reconoció la imposibilidad de convencer a su familia de su inocencia, comprendió que debía aceptarlo si su propósito era sobrevivir. Apenas unos días después de su llegada a V., el dolor que sintiera dio lugar al heroico propósito de armarse de entereza para enfrentar las fatalidades del mundo. Decidió refugiarse plenamente en su interior y dedicarse con desvelada entrega a la crianza de sus dos hijas y, con profundo amor maternal, a cuidar del regalo divino de su tercer hijo. Preparó los arreglos necesarios para que, pocas semanas después, tan pronto hubiese pasado el alumbramiento se restaurase su hermosa quinta, que durante su larga ausencia tomara un aire ruinoso. Sentada en el quiosco del jardín pensaba, mientras tejía gorritos y medias para piernas pequeñas, en cómo dispondría de la mejor manera el orden de las habitaciones; qué habitación destinaría a los libros y dónde sería más

conveniente colocar el caballete. Y no se había cumplido aún el plazo del regreso del conde F. de Nápoles y ya había madurado en ella la rotunda determinación de asumir el destino de una vida en perpetua reclusión conventual. El centinela recibió la orden de no permitir la entrada a nadie. Solo le resultaba insoportable la idea de que esa criatura, concebida en la más profunda inocencia y pureza y cuyo origen, por ser precisamente tan misterioso, parecía acercarse mucho más a lo divino, tuviese que arrostrar el estigma de la ignominia en la buena sociedad. Se le ocurrió algo insólito para dar con el padre de la criatura; algo que, cuando lo pensó por primera vez, la estremeció a tal punto que el tejido se le cayó de las manos. Durante noches enteras, perturbada por intensos desvelos, le dio mil vueltas, buscando reconciliarse con esa idea que la laceraba en lo más profundo. Su corazón se resistía a tender puentes que la llevasen al ser que la había engañado de tal manera, porque, como presumía con acierto, debía pertenecer sin remedio a la peor calaña de su especie, y fuera cual fuese la posición que ocupase en el mundo solo podría provenir de la escoria más abyecta; no obstante, como un sentimiento de valía se fortalecía regiamente en ella y afianzada por la certeza de que una gema, sin importar el engaste, conserva siempre su valor, una mañana, cuando esa nueva vida se agitaba con renovado brío en su seno, se armó de valor e hizo publicar en el periódico de M. el extraordinario anuncio dado a conocer al comienzo de este relato.

Mientras tanto el conde F., al que asuntos urgentes retenían en Nápoles, escribió por segunda vez a la marquesa instándola a que, sin reparo alguno en lo que pudiese suceder, se mantuviese fiel a la sobreentendida promesa que le otorgara. Tan pronto hubo logrado eludir la obligación del largo viaje a Constantinopla y los demás compromisos se lo permitieron abandonó Nápoles y llegó a M. en un santiamén, tan solo un par de días después del plazo que él mismo fijara. El coronel lo recibió avergonzado y, aduciendo que asuntos urgentes demandaban su atención, salió de la casa ordenando a su hijo que lo atendiera en su ausencia. El jefe de guardabosques lo invitó a su habitación y, tras un breve saludo, le preguntó si ya estaba al tanto de lo sucedido en la casa del coronel durante su ausencia. Una súbita palidez

surcó el rostro del conde al responder: «No». En seguida, el jefe de guardabosques le contó la deshonra que sobrevino a la familia a causa de la marquesa y los acontecimientos acaecidos, que ya son del conocimiento de nuestros lectores. El conde se golpeó la frente con la mano.

—¡Por qué se presentan tantos obstáculos en mi camino! –exclamó, dando rienda suelta a su emoción–. Si el casamiento hubiese tenido lugar, ¡nos hubiésemos ahorrado toda vergüenza e infortunio!

Atónito, el jefe de guardabosques le preguntó si estaba tan loco como para desear haberse casado con tal desvergonzada. El conde respondió que ella era mucho más valiosa que el mundo entero que la menospreciaba, creía sin reparos en su inocencia y que ese mismo día viajaría a V. y repetiría de nuevo allí su proposición. En seguida tomó su sombrero y se despidió del jefe de guardabosques, quien pensó que el conde había perdido por completo su buen juicio.

Partió hacia V. a toda brida. Cuando a la llegada se apeó del caballo y quiso dirigirse a la entrada, el centinela le comunicó que la señora marquesa no recibía visitas. El conde preguntó si esta disposición, tomada tal vez para alejar a los desconocidos, también se aplicaba a un amigo de la casa; a lo cual le contestó que no tenía conocimiento de ninguna excepción y, a continuación, le preguntó, con cierta malicia, si él no sería acaso el conde F. Tras lanzarle una penetrante mirada, el conde contestó: «No» y añadió, volviéndose hacia el sirviente que lo acompañaba, pero de tal manera que el otro escuchara, que en esas circunstancias se hospedaría en una posada y se anunciaría por escrito a la señora marquesa. Tan pronto estuvo fuera del alcance de la vista del centinela, dobló una esquina y bordeó sigilosamente el muro del amplio jardín que se extendía en la parte posterior de la casa. Entró por un portillo que encontró abierto, recorrió los senderos del jardín y ya se dirigía a subir por la rampa trasera cuando, en un pabellón situado en un costado, vio la dilecta y misteriosa figura de la marquesa trabajando con mucho empeño sobre una mesita pequeña. Se le acercó de tal manera que ella no pudo verlo sino hasta que estuvo en la entrada del pabellón a escasos tres pasos de ella.

—¡Conde F.! –exclamó la marquesa al mirarlo, y el sobresalto le encendió las mejillas.

El conde sonrió y permaneció un momento inmóvil en la entrada. Luego se sentó muy cerca de ella, pero con tan discreto arrojo que no despertó su temor, y ciñó suavemente con un brazo su dulce cuerpo, antes de que ella pudiera decidir qué hacer en tan extraña intimidad.

—¿Desde dónde señor conde, como es posible…? –preguntó la marquesa. Y miró al suelo cohibida.

El conde la estrechó muy despacio contra su cuerpo y contestó:

—Desde M., y aquí, a través de un portillo del fondo que encontré abierto, entré confiado en poder ganar su perdón.

—¿No le advirtieron en M. de…? –preguntó ella, inmóvil entre sus brazos.

—Me lo contaron todo, querida dama –contestó el conde–; pero no dudé un instante de su inocencia.

—¡Cómo! –exclamó la marquesa poniéndose de pie y librándose de sus brazos–. ¿Y, a pesar de eso, se presenta aquí?

—Aunque no lo quiera el mundo –continuó él, sujetándola por los brazos–. Aunque no lo quiera su familia y aunque no lo quiera incluso esta ¡tan encantadora aparición! –tras lo cual estampó un beso ardiente en su pecho.

—¡Fuera de aquí! –exclamó la marquesa.

—Estoy decidido, Julieta, como si lo supiera todo –continuó él–; como si mi alma habitara tu pecho.

La marquesa gritó:

—¡Suélteme!

—Vengo –concluyó él, todavía sujetándola– a renovar mi proposición y a recibir de su mano la buena fortuna de los justos, si se dignase aceptar.

—¡Suélteme inmediatamente! –exigió la marquesa–. ¡Se lo ordeno!

Se desprendió con violencia de sus brazos y se apartó.

—¡Dulce! ¡Admirable criatura! –susurró poniéndose nuevamente de pie y yendo tras ella.

—¡Ya me oyó! –espetó la marquesa. Le dio la espalda y lo esquivó.

—¡Una palabra, tan solo una, secreta, susurrada! –suplicó el conde, dando brusco alcance al delicado brazo que se le escabullía.

—¡*No quiero* escuchar nada! –exclamó la marquesa. Le dio un empellón en el pecho, corrió hacia la casa y desapareció.

Ya había recorrido el conde media rampa con la intención de hacerse oír a cualquier precio, cuando oyó un portazo y el cerrojo que con presurosa ansiedad clausuraba la puerta y, con ella, la premura de sus pasos. Indeciso por un momento sobre lo que debía hacer, se quedó de pie. Consideró la posibilidad de colarse por una de las ventanas laterales, que estaba abierta, y persistir en su objetivo hasta alcanzarlo, pero, a pesar de lo mucho que le costaba en todos los sentidos renunciar en esos momentos, admitió la necesidad de hacerlo. Lamentó amargamente haberla dejado escapar de sus brazos. Arrastró con su alma rampa abajo y abandonó el jardín en busca de su caballo. Sintió que había desaprovechado para siempre la más íntima posibilidad de abrirle su pecho y cabalgó, sin entusiasmo, de regreso hacia M., pensando en los términos de una carta que se sentía condenado a escribir. Por la noche, cuando se hallaba sumido en el peor de los ánimos en el comedor de una posada, se encontró con el jefe de guardabosques, que le preguntó, sin rodeos, si había tenido éxito en el propósito que lo había llevado a V. El conde respondió de manera cortante: «¡No!», y estaba a punto de zanjar la conversación con un comentario hostil pero, por cortesía, respondió poco después que había decidido escribirle una carta y que pronto cumpliría con este compromiso. El jefe de guardabosques dijo que lamentaba que su pasión por la marquesa le arrebatara el buen juicio; sin embargo, se veía obligado a contarle que ella parecía decidida a optar por otra alternativa. Tocó la campana para que le trajeran los últimos periódicos y le pasó la hoja donde se publicara la exhortación que ella hacía al padre de la criatura. La cara del conde se congestionó mientras leía. Un torbellino de emociones se agolpó en su pecho. El jefe de guardabosques le preguntó si creía que la marquesa encontraría a la persona que buscaba.

—¡Sin duda! –respondió el conde, leyendo con alma y vida el anuncio y bebiéndose anhelante las palabras que desfilaban ante sus ojos.

Se paró y se acercó por un momento a la ventana y, mientras doblaba el periódico de nuevo, dijo:

–Todo está claro ahora, ¡ya sé qué debo hacer!

Se dio vuelta y preguntó, muy comedidamente, al jefe de guardabosques si lo vería pronto de nuevo. Se despidió y partió completamente reconciliado con su destino.

Mientras tanto, en la casa del coronel se sucedían las más dramáticas escenas. La esposa se sentía profundamente contrariada por la devastadora vehemencia del marido y por la docilidad con que ella se dejara subyugar ante la tiránica expulsión de la hija. Cuando se oyó la detonación del disparo en la recámara del coronel y la hija huyó a toda prisa, ella se desmayó. Afortunadamente se recobró rápido. Al volver en sí, el coronel dijo, sin más, que lamentaba que hubiese tenido ese susto por nada y había arrojado la pistola descargada sobre una mesa. Después, cuando hablaban de arrebatar las hijas a la marquesa, ella se atrevió a objetar, con timidez, que no tenían ningún derecho a dar semejante paso. Le suplicó muy conmovida, con voz afectada por el quebranto, que evitara escenas violentas en la casa. Tras lo cual el coronel, de inmediato y sin mirarla siquiera, se había vuelto hacia el hijo y, enceguecido por la ira, había gritado: «¡Ve y tráemelas!». Cuando llegó la segunda carta del conde F. el coronel dio la orden de que se la enviaran a la marquesa en V. El mensajero que la llevó informó luego que ella la había dejado de lado y había añadido que estaba bien. La esposa del coronel, a quien muchas cosas de las sucedidas le parecían oscuras, particularmente la intención de la marquesa de someterse por segunda vez a un matrimonio que no despertaba en ella el más mínimo entusiasmo, buscó infructuosamente la ocasión de abordar el asunto. El coronel le pedía siempre, de una manera que parecía más una orden que una solicitud, que guardara silencio. En una de esas ocasiones, mientras bajaba un retrato de la marquesa que aún colgaba de la pared, aseguró que deseaba borrar de su memoria todo recuerdo y declaró no tener ya ninguna hija. Después apareció la insólita exhortación de la marquesa en los periódicos. La esposa del coronel, a la que este le hiciera llegar el periódico poco antes, vivamente perturbada por el anuncio, se dirigió a sus

aposentos, donde lo encontró trabajando en su escritorio y le preguntó qué pensaba él, ¡por todos los santos!, de este asunto. El coronel respondió sin dejar de escribir:

—¡Oh, ella es inocente!

—¡Cómo! –había exclamado la señora de G, absolutamente perpleja–. ¿Inocente?

—Pasó mientras ella dormía –dijo el coronel sin levantarse.

—¡¿Mientras dormía?! –repuntó la señora de G.–. ¡Me dices que algo tan inaudito puede…!

—¡Desquiciada! –gritó el coronel. Amontonó los papeles uno sobre otros y salió.

El día siguiente de la publicación la esposa del coronel leyó en un periódico, que acababa de llegar y cuya tinta aún estaba fresca, mientras los dos tomaban el desayuno, la siguiente respuesta:

«*Si la señora marquesa de O. se presenta en la casa del señor de G., su padre, el tres de… a las once de la mañana, encontrará a quien busca, rendido allí a sus pies*».

La esposa del coronel enmudeció antes de llegar siquiera a la mitad de tan extraordinario anuncio; pasó los ojos por el final y le entregó el periódico a su marido. El coronel lo leyó tres veces, como si no pudiese creer lo que leía.

—¡Por Dios!, Lorenzo, ¿dime ahora qué piensas de esto? –preguntó la esposa del coronel.

—¡La muy canalla! –respondió el coronel levantándose de la mesa–. ¡Hipócrita embustera! ¡Ni la desvergüenza de una perra cruzada con la astucia de un zorro multiplicada por diez se compara con la suya!, ¡ese remilgo…!, ¡esos ojos...!, ¡Ni los de un querubín se le igualan! –despotricaba y no acababa de desahogarse.

—Pero, ¡por Dios!, si se trata de una argucia, ¿qué pretende? –preguntó la esposa del coronel.

—¿Lo que pretende? ¡Imponer su vil engaño por la fuerza, eso quiere ella!, –afirmó el coronel–. Ese par, él y ella, ya se saben de memoria el cuento que nos van a echar el día tres a las once de la mañana, ¡para que

nos lo traguemos! *Hijita querida* –querrán que diga–, *no lo sabía, ¡quién lo hubiera pensado! Perdóname, tienes mi bendición y ¡hagamos las paces!* ¡Pero una bala para el que se atreva a presentarse en mi casa en la mañana del bendito tres! Es necesario procurar mejor echarlo de la casa recurriendo a los sirvientes.

Después de leer una vez más el periódico, la señora de G. afirmó que, si tuviese que escoger entre dos alternativas absurdas, optaría por creer en el azar de una inconcebible jugada del destino y no en que su hija, que había sido tan noble, fuese capaz de tal infamia. Sin embargo, antes de que pudiese terminar su razonamiento, el coronel ya le ordenaba:

—¡Cállate por favor!, –mientras abandonaba la habitación–. No soporto ni oír hablar del tema.

Unos días después, el coronel recibió una carta de la marquesa en relación con el segundo anuncio, en la que le solicitaba, de manera muy respetuosa y comedida, que como le estaba vedado el honor de presentarse en la casa, tuviese la gentileza de remitir a V. a la persona que había anunciado que se presentaría allí el día tres. La esposa del coronel estaba presente cuando él recibió esta carta y, al notar por la expresión de su cara, que las conjeturas del padre se desvanecían, porque si se trataba de una argucia, ¿qué podía achacarle ahora, si ella no parecía interesada ni siquiera en su perdón? Esta realidad le infundió valor y, como las dudas asaltaban su pecho, decidió avanzar con un plan concebido tiempo atrás. Mientras el coronel, con rostro inexpresivo, mantenía los ojos fijos en la carta, ella dijo que se le había ocurrido una idea; y si podía contar con su venia para viajar a V. por un par de días, podría acorralar a la marquesa de tal manera que se viese obligada a admitir toda la verdad, incluso si fuese la traidora inescrupulosa más astuta del mundo; en caso de que conociera de antemano a quien respondió a través de los periódicos, haciéndose pasar por un desconocido. El coronel, vuelto de repente un energúmeno, hizo trizas la carta de la marquesa, mientras le respondía que ella sabía que su intención era mantenerse alejado de ese ser y le prohibió entablar cualquier tipo de contacto con ella. Selló en un sobre las trizas de la carta, escribió en él la dirección de la marquesa y se lo entregó por toda respuesta al mensajero

que la esperaba. La esposa del coronel, enfurecida por esa obstinada terquedad que destruía toda posibilidad de aclarar la situación, decidió sacar adelante su plan en contra de la voluntad de su esposo. Dispuso que uno de los cazadores del coronel la acompañara y partió a V. a la mañana siguiente, mientras su esposo aún dormía. Cuando llegó a la entrada de la quinta, el centinela le comunicó que tenía órdenes de no permitir la visita de nadie a la señora marquesa. La señora de G. respondió que ella estaba al tanto de esta disposición pero que, de todas maneras, se sirviese anunciar el arribo de la esposa del coronel de G. a la señora. A lo cual este respondió que la diligencia sería en vano porque la señora marquesa no recibiría a nadie en el mundo. La señora de G. aseguró que la marquesa la recibiría, porque era la madre y que, por tanto, le pedía que le diera el recado sin dar más largas al asunto. Pero no bien el centinela acababa de entrar a la casa a cumplir con lo que él consideraba un esfuerzo inútil cuando ya se veía salir a la marquesa, dirigirse apresuradamente a la entrada y caer de rodillas ante el carruaje de la esposa del coronel. La señora de G. descendió del carruaje, ayudada por el cazador que la acompañaba, y levantó a la marquesa del suelo, no sin emoción. La marquesa, en cuyo pecho se agolpaban conmociones, se inclinó con reverencia sobre la mano de la madre para besarla y, en medio de profusas lágrimas, la llevó muy respetuosamente hacia el interior de la casa y la hizo sentar en un diván.

—¡Carísima madre! –exclamó de pie frente a ella, mientras se secaba las lágrimas–. ¿A qué feliz coincidencia debo el gratísimo placer de su aparición?

La señora de G., tomando con ternura la mano de la hija, dijo que debía decirle que simplemente había venido a pedirle perdón por la dureza con la que había sido expulsada de la casa paterna.

—¿Perdón…? –exclamó interrumpiéndola la marquesa y quiso besar su mano. Pero la madre, retirando la mano, prosiguió:

—Pues no solo la respuesta a tu anuncio, aparecida en la última edición de los periódicos, nos otorgó tanto a mí como a tu padre el pleno convencimiento de tu inocencia, sino que también debo confesarte que, para

nuestro gran regocijo y asombro, quien hizo publicar esa respuesta se presentó ayer en persona en la casa.

—¿Quién se ha…? –preguntó la marquesa, sentándose junto a la madre–. ¿Cuál es el hombre que se ha presentado? –y la intriga dominaba todos sus gestos.

—Él –respondió la señora de G.–. El autor de la respuesta, él mismo en persona, el hombre al que iba dirigida tu exhortación.

—¡Bueno, entonces! –dijo la marquesa con inquieta agitación–, ¿quién es? –y repitió:– ¿quién es?

—Eso –respondió la señora de G.– quisiera dejar que lo adivinaras tú. Imagínate, ayer mientras tomábamos el té y leíamos, precisamente, la extraordinaria respuesta aparecida en el periódico, entró de pronto con paso apresurado en el salón un hombre que conocemos muy bien y con gestos de desesperación se rindió a los pies de tu padre, y luego también a los míos. Y nosotros, perplejos y sin saber qué pensar, le pedimos que se explicara. Admitió entonces que la conciencia le remordía sin tregua; que él era el miserable que te había engañado, que debía saber cómo se juzgaba su crimen y que, si se exigía venganza por sus actos, venía a asumir en persona ese castigo.

—Pero, ¿quién?, ¿quién?, ¿quién? –repuso la marquesa.

—Como ya dije –continuó la señora de G. –, un hombre joven, por lo demás bien educado, al que nunca hubiésemos creído capaz de tal bajeza. No obstante, no habrá de sorprenderte, hija mía, cuando lo sepas, que se trata de un hombre de cuna humilde y despojado de los méritos que, en otras circunstancias, se exigirían a tu esposo.

—Sin embargo, excelentísima madre –dijo la marquesa–, si se postró a sus pies, antes que a los míos, no puede ser un hombre totalmente ruin. Pero, ¿quién?, ¿quién?, sólo dígame, ¿quién?

—Bueno, entonces –respondió la madre–, lo diré, es Leopardo, el cazador que tu padre hizo traer, no hace mucho, desde Tirol y el que, si te fijaste bien, traje conmigo para presentártelo como prometido.

—¡¿Leopardo, el cazador?! –exclamó la marquesa, posando la mano en la frente en señal de de-sesperación.

—¿Qué te hace temer? –preguntó la esposa del coronel–. ¿Tienes razones para dudar?

—¿Cómo…?, ¿dónde…?, ¿cuándo…? –preguntó la marquesa confundida.

—Eso –respondió la madre–, es algo que él quiere confiártelo solo a ti. La vergüenza y el amor, aseguró, no le permiten hablarlo con ninguna otra persona que no seas tú. Pero si quieres abrimos la antesala donde él espera con palpitante inquietud el desenlace; luego me ausentaré y tú podrás intentar arrebatarle su secreto.

—¡Padre Santísimo! –exclamó la marquesa–. Una vez en la que me adormecí en el bochorno del mediodía ¡lo vi alejarse de mi diván al despertar…!

Y, al decir esto, se cubrió el rostro con sus pequeñas manos, ruborizada por la vergüenza. Al oírla, la madre cayó de rodillas ante ella.

—¡Oh, hija mía! ¡Oh, tú, excelentísima! –exclamó rodeándola con sus brazos.

Y, luego, añadió:

—¡Oh, desgraciada de mí! –escondiendo el rostro y doblándose sobre el regazo.

La marquesa preguntó consternada:

—¿Qué sucede, madre mía?

—Comprende –continuó la madre–, ¡tú, que eres más pura que un ángel!, que nada de lo que te he dicho es cierto; mi alma corrompida no creía en esa inocencia que tú emanas y necesité valerme de esta infame treta para convencerme de tu pureza.

—¡Carísima madre! –exclamó la marquesa agachándose junto a ella con exultante emoción, queriendo levantarla.

Pero la madre replicó:

—No, no me desprenderé de tus pies, ¡criatura formidable y sobrenatural!, hasta que me digas si puedes perdonar la vileza de mi comportamiento.

—¡Yo! ¿Perdonarla a usted, madre mía? ¡Levántese, se lo imploro! –exclamó la marquesa.

—Ya me escuchaste –dijo la señora de G.–. Quiero saber si todavía me puedes amar y respetar como solías hacerlo.

—¡Mi adorada madre! –exclamó la marquesa, postrándose igualmente de rodillas ante ella–; el respeto y el amor que le profeso nunca abandonaron mi corazón. ¿Quién podía haber creído en mí en tan extrañas circunstancias? ¡Me complace tanto que esté convencida de mi inocencia!

—Bueno, entonces, amadísima hija –respondió la señora de G., poniéndose de pie con su ayuda–, ahora quiero ser yo quien vele por ti, mi amada niña. Pasarás el parto y la dieta bajo nuestro techo; y no podría cuidarte con más ternura y deferencia incluso si las circunstancias fuesen tales que recibiese yo de ti a un joven príncipe. Ni un solo día de mi vida me separaré de tu lado. Desafío al mundo entero; no *quiero* más honor que tu vergüenza, ¡si tan solo me vuelves a querer y olvidas la rudeza con la que te expulsé de la casa! La marquesa intentó consolarla con un sinnúmero de cariños y promesas, pero cayó la noche y devino la medianoche antes de lograrlo. Al día siguiente, una vez la anciana dama se hubo recuperado un poco de los estragos de la emoción –había sufrido de intensa fiebre la noche anterior–, marcharon felices de regreso a M., madre, hija y nieto, como si fuese un triunfo. Se divirtieron en grande durante el viaje, chancearon sobre Leopardo, el cazador, quien iba adelante en el puesto del cochero. La madre comentó que se había fijado en cómo la marquesa se sonrojaba cada vez que veía su ancha espalda. La marquesa respondió, sin saber si reír o llorar:

—¡Quién sabe quién aparecerá al fin en la casa el tres a las once de la mañana!

Después, entre más se acercaban a M., más se abatían los ánimos, presintiendo lo decisivo de las dramáticas acciones que les esperaban. Al bajar del carruaje a la llegada, la señora de G., que no dejó entrever nada de los planes que se trazara, condujo a su hija a sus antiguos aposentos, le pidió que se pusiera cómoda y, añadiendo que regresaría en seguida, se escabulló. Pasada una hora regresó con el rostro muy enrojecido.

—¡Ver para creer! –exclamó, dejando entrever su satisfacción–. ¡Tan incrédulo como Tomás! Me costó casi una hora completa convencerlo, pero ahora está sentado y llora.

—¿Quién? –preguntó la marquesa.

—Él –contestó la madre–. ¿Quién si no? ¡Tiene todas las razones del mundo para llorar!

—¿No será acaso mi padre? –interrogó la marquesa.

—Como un niño –repuso la madre–. Y de tal manera que, si no hubiese tenido que secar mis propias lágrimas, de buena gana hubiese reído tan pronto cerré la puerta.

—¿Y todo por causa mía? –preguntó la marquesa, poniéndose de pie–. ¿Y espera que me quede…?

—¡No te muevas! –ordenó la señora de G.–. ¿Por qué me dictó esa carta? Pero aquí *te* buscará, si quiere, o no *me* volverá a ver en lo que me resta de vida.

—¡Carísima madre! –suplicó la marquesa.

—¡Sin conmiseración! –le interrumpió la esposa del coronel–. ¿Por qué tomó esa pistola?

—¡Pero se lo imploro, deje...!

—No *debes* –respondió la señora de G., obligando a la hija a sentarse de nuevo en el sillón–. Si él no viene hoy antes de caer la noche, sigo de largo contigo mañana.

La marquesa calificó este proceder de cruel e injusto. Pero la madre, al oír en ese momento que alguien entre sollozos se aproximaba, contestó:

—Tranquilízate. ¡Ya viene!

—¿Dónde? –preguntó la marquesa escuchando atentamente–. ¿El que llora junto a la puerta? ¿Ese estremecedor…?

—¡Así es! –respondió la señora de G.–. Quiere que le abramos la puerta.

—¡Permítame hacerlo! –suplicó la marquesa y se levantó decidida de la silla.

—¡No! –contestó la esposa del coronel–. Si me quieres, no lo hagas.

En ese momento entró el coronel, apretando un pañuelo contra la cara. La madre se plantó como un muro frente a la hija y le dio la espalda.

—¡Carísimo padre! –exclamó la marquesa, estirando los brazos hacia él.

—¡No te muevas! Ya me oíste –dijo la señora de G.

El coronel estaba de pie en medio de la habitación y lloraba.

—Él debe pedirte perdón a ti –continuó la señora de G.–. ¿Por qué es tan déspota? ¿Por qué es tan terco? Lo amo, pero a ti también; lo respeto, pero a ti también. Y si debo escoger, eres tú más exquisita que él y me quedo contigo.

El coronel encorvó completamente la espalda y lloraba de tal manera que las paredes retumbaban.

—¡Pero por Dios! –exclamó la marquesa y, de pronto, resignada a obedecer a la madre, sacó su pañuelo y dejó correr las lágrimas.

La señora de G. dijo:

—¡Él no puede hablar aún! –y se movió ligeramente hacia un lado.

Entonces se levantó la marquesa, abrazó al coronel y le pidió que se calmara. Ella misma lloraba a lágrima viva. Le preguntó si no quería sentarse; quiso persuadirlo de que lo hiciera; arrastró hasta él un sillón. Pero él no respondió nada, se había quedado como paralizado. Tampoco se sentó. Permanecía simplemente de pie, la mirada clavada en el piso, y lloraba. La marquesa dijo que pensaba que caería enfermo y le sostenía el pecho, vuelta levemente hacia la madre, quien, al ver al padre al borde de las convulsiones, parecía a punto de cejar en su determinación; pero, como finalmente el coronel cedió a las reiteradas súplicas de la hija y tomó asiento y esta, a su vez, se rindió a sus pies con interminables caricias, la madre volvió a tomar la palabra y afirmó que lo tenía muy merecido y que pronto recobraría su aplomo. Se alejó de la habitación y los dejó solos.

Tan pronto estuvo afuera se secó las lágrimas. Pensó si la impetuosa turbación a la que lo había sometido no podía ser peligrosa y si no sería aconsejable hacer llamar a un doctor. Preparó para su comida todo lo que pudo encontrar en la cocina para fortalecerlo y tranquilizarlo. Alistó y calentó el lecho de tal manera que pudiese llevarlo a la cama tan pronto apareciera de la mano de la hija y, como todavía no venía y la mesa ya estaba lista, se dirigió con sigilo al cuarto de la marquesa para escuchar lo que pasaba allí. Pegando suavemente la oreja a la puerta escuchó un siseante murmullo que se apagaba y que parecía venir de la marquesa y, mirando por el ojo de la cerradura, notó también que estaba sentada en el regazo del coronel, lo que él nunca permitiera hasta ese momento.

Finalmente abrió la puerta y el corazón, henchido de alegría, le dio un vuelco al ver a la hija con el cuello echado hacia atrás y los ojos firmemente cerrados, inmóvil en los brazos del padre; mientras él, sentado en el sillón, le daba en los labios –el gran ojo arrasado de lágrimas–besos largos, apasionados y ávidos, ¡exactamente como un amante! La hija no decía nada, él no decía nada; sentado con el rostro volcado sobre ella, como sobre el primer amor, sosteniendo la boca de ella en su mano y besándola. La madre, sin ser vista, disfrutaba la beatitud del momento detrás de la silla y aguardaba con el ánimo de no perturbar el aire de devota y exultante reconciliación que se respiraba de nuevo en la casa. Por fin se acercó al padre y cuando él, con renovado e inefable deseo, se lanzaba con dedos y labios sobre la boca de la hija, asomó la cabeza por un costado de la silla y lo miró. Al verla, el coronel bajó los ojos de inmediato, con expresión de enfado, y quiso decir algo, pero ella exclamó: «Pero, ¡qué cara es esa!» y a su vez lo ablandó con besos y puso fin a la tensión del momento con risas y bromas. Les invitó y les llevó a la mesa, a donde llegaron cual pareja de novios. Durante la comida el coronel, a pesar de mostrarse pletórico, de tanto en tanto soltaba un sollozo. Comió y habló poco. Miraba cabizbajo el plato y jugaba con la mano de la hija.

Al despuntar el día la pregunta era quién, por todos los cielos, aparecerá mañana a las once; ya que el día siguiente era el temido día tres. El padre y la madre y también el hermano, quien se hizo partícipe de la reconciliación, se inclinaban sin duda por el casamiento, en caso de que la persona fuese mínimamente tolerable. No habría que escatimar esfuerzo alguno en el empeño de restablecer alegría y dignidad en la vida de la marquesa; pero si la situación de la persona en cuestión fuese tal que, a pesar de todos los esfuerzos que hiciese la familia, no pudiese la suya conciliarse con la de la marquesa, los padres se opondrían a que se celebrase la boda. Decidieron que en ese caso, como hasta entonces, la marquesa permanecería con ellos en la casa y adoptarían al niño. Por el contrario, la marquesa parecía resuelta a cumplir, en todo caso, con la palabra empeñada y a encontrar, a cualquier precio, un padre al niño, siempre y cuando no se tratase de un rufián. La madre preguntó esa víspera cómo se haría el recibimiento a esa

persona. El coronel opinó que lo más conveniente sería dejar sola a la marquesa cuando dieran las once; por su lado, la marquesa insistía en que tanto los padres como el hermano estuviesen presentes, porque no quería compartir con esa persona nada que pudiese interpretarse como algo secreto. Opinó que este también parecía ser el deseo de la persona, dejándolo entrever al sugerir como punto de encuentro la casa del coronel; razón por la cual ese punto de la respuesta publicada –debía admitirlo sin ambages—le complacía mucho. La madre, considerando lo inadecuado de la presencia del padre y del hermano en esa situación, pidió a la hija permitir que los hombres estuviesen al margen. Ella, por el contrario y para complacer los deseos de su hija, quería estar presente en el recibimiento de esa persona. Una vez la hija hubo reflexionado brevemente al respecto, se optó finalmente por esta última propuesta. Después de pasar una noche de suspenso y expectativas llegó la mañana del temido día tres. Cuando dieron las once, las dos mujeres estaban sentadas en la sala vestidas elegantemente como para formalizar un compromiso nupcial. El corazón les palpitaba con tal fuerza que sus latidos hubiesen sido perfectamente audibles si el trajín cotidiano hubiese dado tregua. Resonaba aún la última campanada cuando Leopardo irrumpió en el salón. Las damas palidecieron al verlo.

—El conde F. ha llegado, su carruaje está en la puerta –dijo.

—¡¿El conde F…?! –exclamaron las dos al unísono, pasando de una perplejidad a otra.

La marquesa exclamó:

—¡Cierra las puertas! No estamos para él en casa.

Se puso de pie en seguida, dispuesta a cerrarlas ella misma. Casualmente, cuando ella hacía a un lado al cazador traído de Tirol, interpuesto en su camino, el conde caminaba ya a su encuentro vestido con el uniforme que ostentaba órdenes y escudos, y que fuera el que llevara durante la conquista de la fortaleza. La marquesa, confundida, creyó perder el sentido; tomó un pañuelo que había dejado sobre la silla y ya huía a un cuarto aledaño; pero la señora de G., aferrándole la mano, exclamó:

—¡Julieta…! –y como sofocada por sus propios pensamientos, enmudeció.

Clavó la mirada en el conde y repitió acercando a su hija hacia sí:

—Por favor, Julieta, ¿a quién esperamos, a ver…?

La marquesa exclamó, girándose repentinamente:

—¡¿Pero…?!, ¡seguro no a este! –y lo fulminó con ojos relampagueantes, al tiempo que la palidez de los muertos transfiguraba su rostro.

El conde había doblado una rodilla ante ella, se había puesto la mano derecha en el corazón y con la cabeza levemente inclinada sobre el pecho permaneció avergonzado, mirando el suelo y en silencio.

—¡Quién más si no! –exclamó la esposa del coronel con voz angustiada–. ¿A quién más, si no a él…? ¡Tontas nosotras!

La marquesa paralizada frente a él, dijo:

—¡Me voy a enloquecer, madre!

—No seas insensata –contestó la madre y, acercándose, le murmuró algo al oído.

La marquesa dio media vuelta y, con el rostro cubierto por ambas manos, se desplomó en el sofá. La madre exclamó:

—¡Desdichada criatura! ¿Qué te hace falta? ¿Es que había algo en el mundo que pudiera sorprenderte todavía?

El conde no se despegaba de la esposa del coronel. Aún hincado, tomó el ruedo de su vestido y lo besó.

—¡Mi amable! ¡Mi indulgente! ¡Mi veneradísima! –murmuró–. Una lágrima le rodó por la mejilla.

La esposa del coronel dijo:

—Levántese, señor conde, levántese, consuélela a ella; así quedamos todos reconciliados, así queda todo perdonado y olvidado.

El conde se levantó con los ojos llenos de lágrimas. De nuevo se dejó caer de hinojos ante la marquesa y tocó con delicadeza su mano, como si fuese de oro y el calor de la suya pudiera empañarla. Pero ella exclamó:

—¡Largo! ¡Largo! ¡Largo! –y se puso de pie–. Estaba preparada para enfrentar a un canalla, pero no a un… ¡demonio!

Esquivándolo como a un infectado por la peste, abrió la puerta de la sala y ordenó: —¡Llamen al coronel!

—¡Julieta! –exclamó llena de asombro la esposa del coronel.

La mirada de la marquesa oscilaba con iracunda fiereza entre la madre y el conde; su pecho bullía, su rostro echaba llamas: estaba hecha una furia. El coronel y el jefe de guardabosques llegaron.

—¡Padre, este hombre no puede ser mi esposo! –declaró ella al entrar los dos a la sala.

Hundió las manos en una jofaina de agua bendita fijada a una puerta del fondo, roció generosamente al padre, a la madre y al hermano, y desapareció.

El coronel, perplejo ante la extravagancia del cuadro, quiso saber qué había sucedido. Palideció al percatarse, en tan crucial momento, de la presencia del conde F. en la sala. La madre tomó al conde de la mano y dijo:

—No preguntes. Este hombre lamenta de corazón lo sucedido. Concede tu bendición, concédela, concédela; así todo tendrá un final feliz.

El conde, con aire desolado, permanecía en pie. El coronel puso la mano sobre su cabeza mientras el conde parpadeaba nerviosamente, los labios blancos como el papel. —¡Pueda la maldición del cielo apartarse de estas sienes! –exclamó–. ¿Cuándo tiene pensado casarse?

—¡Mañana! –replicó la madre en su lugar, al no poder él articular palabra alguna–. Hoy o mañana, como tú quieras; para el señor conde, quien tan noble empeño ha mostrado en resarcir su agravio, toda premura es poca.

—¡Entonces será un placer saludarlo mañana en la Iglesia de San Agustín a las once de la mañana! –dijo el coronel y se despidió con una venia.

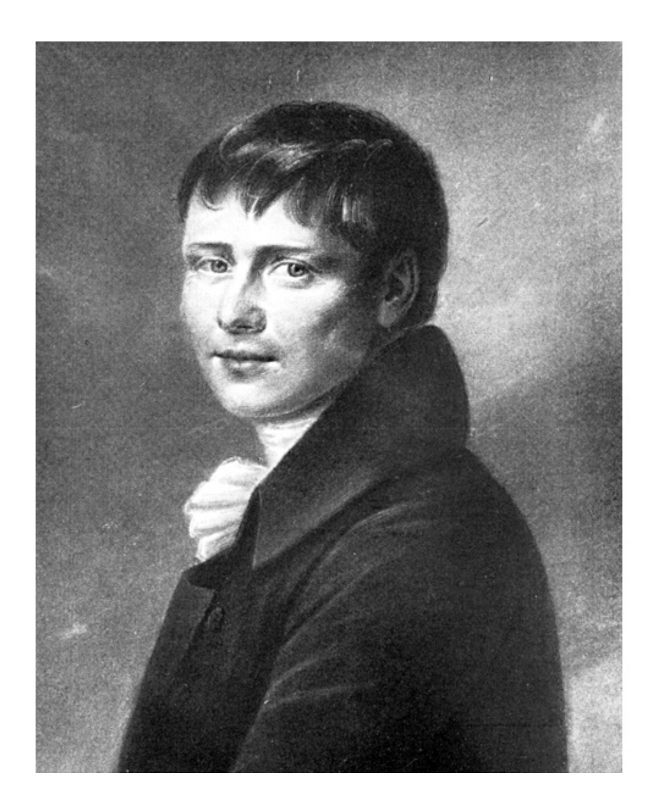
Propuso a la esposa y al hijo que fueran a la habitación de la marquesa y dejaron al conde solo.

La familia hizo vanos esfuerzos por conocer las razones que impulsaran a la marquesa a comportarse de manera tan extraña. Permanecía en cama víctima de la más severa fiebre, se rehusaba categóricamente a hablar de nupcias y pidió que la dejasen sola. Cuando le preguntaron por qué de repente cambió de parecer con respecto a su determinación y qué hacía al conde más despreciable que cualquier otro pretendiente, miró atónita al padre, perdida en sus pensamientos, y no dijo nada. La esposa del coronel le preguntó si olvidaba que esperaba un hijo, a lo cual ella respondió que, en esas circunstancias, debía pensar más en ella que en el niño y poniendo a

todos los ángeles y a todos los santos por testigos, volvió a afirmar que no se casaría. El padre, para quien la hija daba señas de estar pasajeramente histérica, aclaró que ella debía cumplir con su palabra. La dejó sola e hizo todos los arreglos pertinentes del casamiento, previa consulta por escrito al conde. Sometió a su consideración un contrato matrimonial según el cual este renunciaba a todos los derechos como esposo, pero en cambio se comprometía a cumplir con todas las obligaciones que pudiesen exigírsele. El conde envío de vuelta el documento, bañado en lágrimas y firmado de su puño y letra. Cuando al día siguiente el coronel presentó a la marquesa este documento su ánimo se había sosegado un poco. Aún sentada en la cama lo leyó varias veces, lo dobló cavilando, lo abrió y lo releyó una vez más; y luego declaró que se presentaría a las once de la mañana en la Iglesia de San Agustín. Se levantó, se vistió sin decir una palabra y, al sonar la hora convenida, subió al carruaje con todos los suyos para cumplir la cita.

Tan solo se le permitió al conde unirse a la familia en el atrio de la iglesia. Durante toda la celebración la marquesa miró absorta las imágenes del altar; ni una mirada furtiva dirigió al hombre con el cual intercambiaba anillos. Al terminar la ceremonia el conde le ofreció el brazo, pero tan pronto se hallaron en la puerta de la iglesia la condesa le hizo la venia en señal de despedida. El coronel le preguntó si tendrían el honor de verlo, de tanto en tanto, por los aposentos de su hija, tras lo cual el conde masculló algo que nadie entendió, saludó con el sombrero y desapareció. Se instaló en una residencia en M., en donde pasó varios meses sin tan siquiera poner un pie en la casa del coronel, en donde seguía viviendo la condesa. Fue solo gracias a un comportamiento obsequioso, noble y absolutamente ejemplar, en todas las ocasiones en las que tuvo algún contacto con la familia, que cuando la condesa dio a luz a un hijo varón, llegado el momento, fuese invitado al bautizo del pequeño. La condesa, sentada en la cama, decorada con cobijas hermosamente bordadas, en donde guardaba su dieta, lo vio solo un instante al pasar por la puerta, mientras él le dirigía un respetuoso saludo desde la distancia. Entre los obsequios que los invitados habían tirado en la cuna para agasajar al recién nacido dejó dos documentos que, como se supo después de su partida, uno era un regalo para el niño por la

suma de 20 000 rublos y el otro un testamento por el que, en caso de que él muriera, se declaraba a la madre heredera absoluta de su fortuna. A partir de ese día, y propiciadas por la señora de G., las invitaciones se sucedieron con mayor frecuencia. Las puertas de la casa estaban siempre abiertas para él y pronto se convirtió en un asiduo participante de las veladas nocturnas. Al presentir que, merced a la fragilidad de las leyes que gobiernan el mundo, fuera perdonado por todos sin reservas, reanudó el cortejo de la condesa, su esposa, con flamantes bríos. Obtuvo de ella el sí por segunda vez, un año después, y se celebró también un segundo matrimonio, más feliz que el primero, al final del cual toda la familia se trasladó a V. Un pequeño batallón de jóvenes rusos sucedió al primer hijo; y al preguntar alguna vez el conde en una hora feliz, a su señora, por qué en aquel temido tres, a pesar de que parecía resuelta a aceptar a cualquier crápula, huyó de él como de un demonio, ella respondió, rodeándolo por el cuello con sus brazos, que él no se le hubiese manifestado entonces como un demonio si en su primera aparición no le hubiese parecido un ángel.



Heinrich von Kleist, grabado tomado de
Die großen Deutschen im Bild (1937).